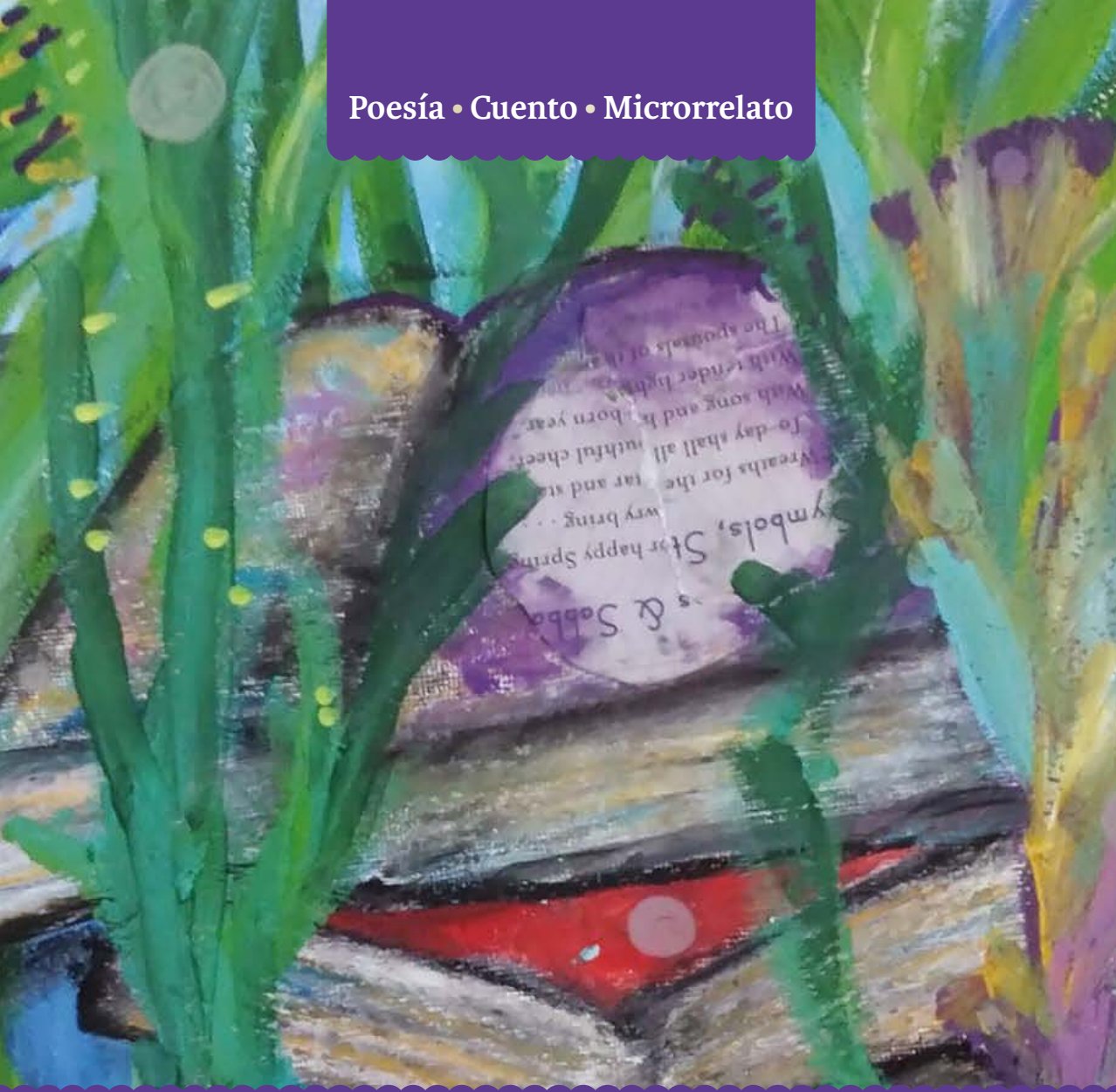
Poesía • Cuento • Microrrelato



Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2026

Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2026

Mar de voces. Antología literaria de docentes del SEMS 2026 / Coordinación Dennise Flores Somarriba, Efraín Amador Sánchez y Patricia Nazareth Hidalgo Sánchez; presentación Carmen Margarita Hernández Ortiz; autores Miriam Chávez Martínez... [et al.]. -- 1a ed. electr. – Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara. Sistema de Educación Media Superior (SEMS) : Editorial Universidad de Guadalajara, 2026.

104 páginas: ilustraciones; 23 cm.
A la cabeza de la portada: Poesía. Cuento. Microrrelato
ISBN 978-607-646-141-9
DOI https://doi.org/10.32870/9786076461419

1. Antología literaria. 2. Cuentos mexicanos-Colecciones 3. Poesía mexicana-Colecciones. I. Flores Somarriba, Dennise, coordinadora II. Amador Sánchez, Efraín, coordinador III. Hidalgo Sánchez, Patricia Nazareth, coordinadora IV. Hernández Ortiz, Carmen Margarita, presentación V. Chávez Martínez, Miriam, autora VI. t. Antología literaria de docentes del SEMS 2026

868.5 .M29 2026 CDD23
PQ7235 .M29 2026 LC
DNT Thema

Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Poesía • Cuento • Microrrelato

Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2026

EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

SEMS

Karla Alejandrina Planter Pérez
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

César Antonio Barba Delgadillo
Secretaría General

María Guadalupe Cid Escobedo
Vicerrectoría Adjunta Administrativa

Jaime Federico Andrade Villanueva
Vicerrectoría Adjunta Académica y de Investigación

Carmen Margarita Hernández Ortiz
Dirección General del Sistema de Educación Media Superior

Óscar Humberto Zúñiga Guzmán
Secretaría Técnica del Sistema de Educación Media Superior

Araceli Ambriz Ramos
Secretaría Académica del Sistema de Educación Media Superior

Denisse Flores Somarriba
Coordinación de Difusión y Extensión del Sistema de Educación Media Superior

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición electrónica, 2026

Coordinación
Denisse Flores Somarriba
Efraín Amador Sánchez
Patricia Nazareth Hidalgo Sánchez

© Presentación
Carmen Margarita Hernández Ortiz

© Textos
Miriam Chávez Martínez, Federico de Jesús Jiménez Huerta, Carlos Alberto Gonzalez Sevilla, Dulce María Becerra Díaz, Miguel Ángel Galindo Núñez, Carmen Cecilia Celis de la Rosa, María Adriana Sotelo Villegas, Gema Lizeth Urista Reyes, Laura Angélica Valadez Martínez, Sergio Alexis Orozco Mendoza, Adriana Araceli Arízaga Olguín, Janette Aguilar Luévano, Jéssica Nataly Jiménez Flores, Ricardo Tonathiu Figueroa López, Atzimba Mondragón Galindo, Fernando Ricardo Aguilar Ruvalcaba, Adán Meza Álvarez, Vanessa Cabuto Enríquez

© Ilustraciones
María Adriana Sotelo Villegas: "La vida secreta de las palabras" en portada; "Cuentos marinos", p. 33; "Profundidades", p. 81
Fátima Osuna Montes: "Érase una sirena a orillas del mar", p. 7

Comité editorial
Denisse Flores Somarriba, Efraín Amador Sánchez, Patricia Nazareth Hidalgo Sánchez, Andrea Monsserrat Torres Vaca, Reyna Hernández Haro, María Luisa Gómez García, Gabriela Camberos Luna, Mayra Margarito Gaspar

D.R. © 2026, Universidad de Guadalajara

Sistema de Educación Media Superior
Liceo 496
Col. Centro
44100, Guadalajara, Jalisco

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39
interior 32-33, Industrial Los Belenes
45150, Zapopan, Jalisco

editorial.udg.mx
publicaciones.udg.mx

ISBN 978-607-646-141-9
DOI https://doi.org/10.32870/9786076461419

Octubre de 2026

Hecho en México
Made in Mexico

Presentación

Desde 2017, *Mar de voces* ha sido un espacio fundamental para detenernos, salir de la rutina y escuchar las historias, ideas y emociones de nuestra comunidad docente. Quienes día a día están frente a un grupo, preparando clases y acompañando a los estudiantes tienen mucho que contar. Escribir requiere tiempo: sentarse, recordar, imaginar y encontrar la palabra precisa. Por ello, reconozco y agradezco a cada profesora y profesor que decidió participar en esta edición por la valentía de compartir una parte de sí con los demás.

Escribir y leernos genera un encuentro genuino. Las prepas UdeG conformamos una comunidad amplia y diversa, con múltiples miradas sobre el mundo. *Mar de voces* nos permite descubrir a la persona detrás del aula y compartir aquello que trasciende la jornada diaria. Más que una colección de textos, este libro es una fotografía viva de nuestras reflexiones, memorias y anhelos.

Agradezco profundamente a todas y todos quienes hicieron posible esta publicación: a las autoras y autores, y al equipo editorial que cuidó cada palabra con dedicación.

A quienes hoy sostienen este libro, los invito a recorrerlo sin prisa y dejarse sorprender. Y a quienes aún no se han animado a escribir, ojalá estas páginas los impulsen a sumar su voz en la próxima edición. Todas las voces cuentan y merecen ser escuchadas.

Que *Mar de voces 2026* nos recuerde que, al compartir lo que somos y darnos tiempo para crear, nuestra comunidad se vuelve más cercana y más nuestra. Gracias por hacer comunidad con sus palabras.

Carmen Margarita Hernández Ortiz
Directora General del Sistema de Educación Media Superior



Poesía

Miriam Chávez Martínez

Preparatoria 5

Analepsis

Cruzar el onírico portal de la añoranza
en medio tus callosos ojos de nube
la golondrina que te sueña
el verde candor de tu alfombra
tu delantal jardín de olores
tu buganvilia que ciñe la tierra

Se aferra el reloj de la infancia
en la tarde que acuna nuestras sombras
porque adolece tus pasos
sin prisa sin demora
con miel-ancolía

En un pestañeo convido a la noche
para que arrulle un instante tu alcoba
que el fogón chille al oído
que se contraigan las horas

Siémbranos el espacio de llovizna
para que nazca la aurora
y nos susurren los vientos
un cadejo de memorias



Óbito

Subterráneos en la ceguera del tiempo
nube desierta y espanto

Una hoja cae en el ojo del silencio
y se muda la tarde…
el puño que arroja la marea
un velero que sueña sus miedos
¡mécenos en la oquedad de las horas!
en las campanas sordas
a la orilla del viento

Que la tierra nos nazca en un puñado de rosas
que la sábana gris nos apañe
que retumben los olivos
que solloce el camposanto
¡arrástranos madre de nadie!
envuélvenos en tus manglares
sombríos acógenos
que somos de la luz como los males
rompe el delirio y nuestras manos
que tu cobija será tu estela
y seremos sal óbito sin carne



Entrañas

¿Y si la tierra inhuma la inmundicia?
¿Y si estas ganas desalojan la nostalgia?
¿Si el miedo dibuja el color grana de las hojas?

Deja que el ave punce en tu oído
que muy quedito sostenga el ruido su balanza
deja que la esperanza desborde nuestros ríos
deja que se inunden las horas
deja una sentencia
una amapola sin mordaza
un tacto que surque la sangre
un temblor bilocado
una línea que nos rasgue
mira de reojo ese ardor de la espuma
y olfatea nuestras gargantas
empuña la cerradura
el polvo
una lágrima y la nada

Tenemos la llama
una lanza
el caldero y un botón
tenemos la silueta y la sombra
pertenecemos
cíclopes desentrañados



Vagón

Se enciende la luna en el vagón de la noche
con la certeza del búho se delata
es el riel que dibuja su fragancia delirante
asoma su garganta que silba
se tiembla
levita en cada gota y escapa
es el riel que atestigua el susurro y la carne

el volcán que rompe el silencio
halo de sombras bicéfalas
el viento que cuela las horas enmieladas
volutas enredaderas
…Y su vientre descuelga la sangre
oruga sempiterna
cerrojo que cruje los matorrales
eriza el tiempo y lo sabe

Despierta la noche su vuelo
desempolva su nave y sus alas
arroja su ceño en estampida
y la boca del lobo se abre…



Federico de Jesús Jiménez Huerta

Preparatoria 18

Arte poética

Escribir al azar debe hacerse en laberintos
de bocas quemadas.
Algo así como si la lengua se desangrara en
un silencio de huecos furtivos,
de alaciados gerundios.

Escribir debe ser sentir
un calambre de nervios,
un prolongado equinoccio de despojos,
quizá como ir pisándole el rostro a esa otra voz
subterránea,
célibe limadura del tiempo.

Escribir debe hacerse pincelando de saliva los ecos,
esculpiendo la prisa en las miradas,
inventándole a la noche una marejada,
remando la tierra de verdes puertos.

Escribir debe ser un territorio rasguñado
de calles derrumbadas y silenciosos edificios.



Conjuro

Juro que esta ciudad,
eléctrica y verbal,
tiene los pies armados de lujuria
y las manos inmortales y estridentes.
Sus piernas, como los días,
son ese territorio que aspira su conquista,
sus hombros son el infinito forjado en Comala.
En sus ojos nazco como un árbol
parido desde su sombra,
su boca ha de ser
ese paraíso recobrado
que Milton nos heredó en la voz.
Esta mujer y toda su geografía
me han hecho un desierto
deformado en la sombra,
porque en ella se endurecen las galaxias
de mi cósmico libido
para hacer brotar ese otro Éufrates
desde la consecuencia de sus pechos.
Y qué decir de su herida otoñal
y de su dermis infinita de calles y edificios:
madre de la constelación erguida,
ciudad de transparentes silencios,
¿qué palabras alcanzaron para abrir ese caudal tuyo,
para sembrar en ti
mi semilla de nacimiento?

Humúnculo

A cuatro manos
el cielo se despeja en arreboles
y emerge sin menoscabo
el tripié incoloro de su memoria

y nada nos cuenta de su espera
la alquimia del espejo
que es manantial de dobleces
en la liturgia de cada bemol

solo la música de esa parvada
que recorre el nervio verbal
en su soliloquio constante
nos revela en la mínima penumbra

jugando con el deseo
y enunciando con sal la magia de un conjuro
que repite la misma letanía:
tu nombre



Poema

Poema, tránsito de la tinta sobre el agua blanca,
plaza del silencio en la camisa del derrotado,
machacado viento que ladra arrastrando la tierra,
anegado esperma de la fugitiva luz.
¿Cuántas veces he traicionado tu sangre
desde un solsticio entre la selva de la prosa
y la perfumada sílaba tonal?

Mi solitaria mano hace su alfabeto de polvo y olvido.
En tu relámpago se levanta un canto de verdes raíces
y porque eres una ciudad erigida en la memoria, te lloro,
te casi entierro, ráfaga de la raíz maligna,
tempestad hermosa que guarda los silencios.

Y así y asado en renglones cortados o plenos,
en sílabas visuales y gritos de la saliva desesperada,
te hundes en más de una mirada impía,
te vistes de frac en tu ataúd de palabras,
te llenas del rumor de otras calles
y sales ebria de una blanca ceguera.

¿Qué insomnio de días me abre la corteza de tus versos?
¿Qué voz rugosa se viste de amarillo desierto
y emigra de tus palabras a mis sentidos?

Yo solo te desverso, hoja por hoja,
te bebo virgen en cada trayecto,
te poseo grave hasta la vértebra,
te leo ciegamente,
como si en los ojos
se me tatuara con aire
tu último nombre.



Carlos Alberto Gonzalez Sevilla

Preparatoria 9

Burka *blue*

Roben todas las flores,
vuelvan,
tan solo vuelvan…

Khaled Juma

Qué azul, azul tan azul
que cubres mi piel de azul,
mi voz azul…

Triste y gris azul

Pero te juro
que bajo esta tela AZUL,
mis latidos siguen siendo rojos,
mis manos verdes,
mis sueños amarillos.

Y con esta voz tan azul,
te suplico que arranques el azul.
¡Ya no más azul!

¡Devuélveme la vida!
Que solo vuelva,
aunque sea por un segundo,
lo que fuimos antes del azul.

Donde el sol no tiene manos

Jugaremos en el bosque mientras el lobo no está;
porque si el lobo aparece, a todxs nos comerá.

Má, mamita,
tengo un nudo de vidrio atorado en la garganta.
El amanecer sabe a piel nerviosa,
tiembla en los dedos de una criatura de cuencas grises
y las sábanas huelen a cigarrillo muerto.

Mamita, no quiero preocuparte,
pero el aire se me acaba.
Por eso hablo bajito:
hay alguien que echó la llave por dentro
y se quedó a vivir en mi piel, en mi escondite.

Mamita, estoy hecho grietas.
Extraño los ojos de papá,
porque las manos de Luis [el que ahora duerme contigo],
tienen garras que brotan cuando la lámpara se apaga.

Es un sol de día,
pero una bestia de colmillo largo en el pasillo.
Si me ves ausente, no es que no te quiera;
te adoro… pero

estoy ocupado contando mis huesos,
asegurándome de que sigan ahí
mientras el lobo lame la puerta de mi cuarto.

Dile a tu sol que no necesito su luz muerta,
que hoy he decidido apagar mi propio miedo.

Voy a regalarle este aire que me duele,
voy a besar la noche que vio
menguar los latidos en un rincón lluvioso.
En esta oscuridad,
en este cielo que fingió
tender los aullidos en el patio.

No hagas ruido al entrar,
porque si el lobo aparece…
a todxs nos comerá.
He dejado mis huesos en orden sobre la cama
para que veas que no falta ninguno;
que ese sol no te mienta: mi cuerpo sigue aquí.

Pero el resto de mí, mamita…
se lo llevó el bosque,
y el bosque cerró su boca
cuando quise volver.



Favorite son

I can't break the cycle.
Am I just a fool?

Marina, "The Family Jewels"

Camino de puntitas a mitad de la noche,
solo para observar
el silencio que guardas en las mejillas.
Abro mi caja de Pandora no-Pandora
y me muerdo los ojos llenos de miedo.

Ahí afuera, con las ventanas rotas
y mis pulmones llenos de aire,
te observo con la sonrisa de girasol [tibia],
con la piel agrietada [llena de sol].

Tus dedos se enredan en sus cabellos,
sirves helado de fresa, *blueberries*, nueces, pistaches;
las manos me tiemblan, me fallan de angustia…
Me acerco con las ojeras de mapache, pero tu ternura me escupe
y me pides que regrese a mi madriguera.

Vuelvo a mi habitación azul,
con la epilepsia regada en el cuerpo
y con la sensación de que el espejo [borroso]
me quema y sella la garganta con lava.

Gano concursos de poesía y cuentos,
apilo mis libros y me los cuelgo como medallas.
Intento reanimar tu pecho con tinta

como si fuesen *electroshocks.*
Electroshocks contra el amargo de tu voz.
[Para que no te avergüences de mí].

Pero no es suficiente…
Me desmorono.
Tú ya tienes un hijo favorito. [No soy yo].
Y la única luna que nació en esta casa… fui yo.

Perfect blue

¿Sabes, Hachi?
A veces pienso que si te aferrabas tanto al amor era
porque sentías que te faltaba algo;
en el fondo te sentías tan vacía como yo.

Ai Yazawa, *Nana*

No nos conocimos en un tren,
ni compartimos nombre, edad
o un orbe de Vivienne Westwood.
Pero… tenemos la misma sangre de tierra:
Tauro y Capricornio.
Los ojos llenos de agua
y los dedos fríos en la boca del estómago.

Jossie, eres [y soy] un ángel roto.
Nos prohibieron volar,
tocar las nubes,
besar[nos] el pecho triste.
La garganta se nos llenó de árnica,
crecimos, y mientras lo hacíamos,
soñar se volvía una línea diminuta.

Nos inyectaron las venas de lluvia,
de gris, azul, morado, de una soledad sin lengua.
Nunca fuimos los protas de una historia feliz.
Vivimos en este *perfect blue*:
azul violáceo,
azul violáceo que arde, arde de estar vivos.
[Internet, fuego, sexo y miedo a desmoronar[nos]].

Tenemos los cuartos cerrados con llave [por dentro],
deteniendo las puertas para que las termitas del pasado

NO nos muerdan los talones,
ni se esparzan en esta piel manchada de estrella.
Tú con tus silencios de invierno;
yo con mis versos enterrados en las costillas.
Tú atrapado en tubos de ensayo;
yo con mis dedos de otoño.

A pesar de la niebla, ardes.
Me encantas con tus truenos,
tus piezas frágiles,
tus latidos hambrientos de medianoche.
Me encantas en las cicatrices que ocultas,
en el temblor de tu voz que me busca
cuando soy un incendio líquido.

Tal vez… no exista un jardín con lavandas
para nuestros espíritus,
pero si todo se vuelve a oscurecer…
búscame en la poesía,
en la luna de enero,
en mis libros viejos,
en un plato de *blueberries* o chocolate derretido…
Y no me sueltes.
Míranos, Jossie:
todavía sabemos bailar sobre las llamas,
tocar[nos] sobre el huracán
que solo grita:
I walk this earth by myself.

Somos fuego, fuego líquido, fuego sin la T

Lumbre en los dedos manchados de violeta,
lobo, fantasma decapitado en agua,
labios cubiertos de escarcha roja.
Girasol en el pecho lleno de flores [secas],
gusano, grito y *stun* en el cráneo,
gato de lluvia en la fogata de la voz,
glaciar de cuatro ojos sin pulmones.
Besos marchitos llenos de cielo gris,
Burbuja de fuego frío, bisturí de sol,
balas con partículas de luna.
Insecto de nueve colas [partido en dos y sin alas],
inflamación de abdomen,
incendio de agua rosa.
Quirófano rojo, quebradura de estrellas [apagadas]
queso azul, sin queso y sin azul,
química del corazón y tres de espadas.

¿Y la T?
Nos dejan sin la T,
nos arrancan la T,
nos dejan sin la T,
nos quitan el aire de la T.
No estamos completxs sin la T.
Somos fuego,
fuego líquido,
fuego sin la T,
fuego trans.

Dulce María Becerra Díaz

Preparatoria Regional de San Miguel el Alto

El tiempo y el lenguaje

Me siento en el comedor de
mi departamento.
Me siento y pienso.
Me siento y pienso, mientras,
mi bebida se asienta en la taza,
y el libro espera a ser leído.
El tiempo sigue avanzando.
Avanzando
El tiempo sigue avanzando y yo,
pienso.
Pienso en cómo la semántica
se relaciona con el lenguaje y el pensamiento.
Pienso en el verbo amar, conjugado
en todos los verbos posibles.
Suena el s i l e n c i o.
Suenan mis pensamientos
esperando a que pasen a una hoja en blanco.
Le tomo a mi bebida.
Sabe a espera y a vibración al mismo tiempo.
Sabe a espíritu.
Hojeo el libro, y me habla,
me dice todo, y

nada a la vez.
Me siento y pienso.
Me siento y pienso para filosofar sobre el abismo.

Sobre ti.
Sobre el mundo.
Me siento y pienso.
Me siento y.
Me siento.
Me.



Mundo marchito

¡Oh, sí!, el mundo se está marchitando.
Sale humo de lo bueno,
de lo importante.
Lo sencillo y los valores se están acabando.
El mundo se está marchitando.
Ya no existe el balance.
Ya no existe.
Ya no.
Ya.



Miguel Ángel Galindo Núñez

Preparatoria 8

Entre cempasúchiles y jacarandas
「センパスチルとジャカランダの狭間」

さえずりや
グアムチルの花
朝の風
(*Saezuri ya / guamuchiru no hana / asa no kaze*)
Trino al alba,
flor de guamúchil vibra,
brisa al despertar.

紫の
ハカランダ咲く
春の道
(*Murasaki no / hakaranda saku / haru no michi*)
Violetas,
las jacarandas florecen
en la senda al sol.

緑の実
アボカド香る
夏の膳
(*Midori no mi / abokado kaoru / natsu no zen*)
Fruto verde,
aroma de aguacate
sobre el mantel.

雷や
チャパラ湖歌う
風強し
(*Kaminari ya / Chapara-ko utau / kaze tsuyoshi*)
Un trueno;
canta el lago de Chapala;
el viento arrecia.

死者の日や
パンと花びら
静かなの
(*Shisha no hi ya / pan to hanabira / shizuka nano*)
Día de Muertos,
pan y pétalos,
qué tranquilo…

オレンジの
センパスチルよ
秋の影
(*Orenji no / senpasuchiru yo / aki no kage*)
¡Anaranjado
cempasúchil!
Sombra del otoño.

Carmen Cecilia Celis de la Rosa

Preparatoria Regional de Santa Anita

Luces

Los amores de mi sangre:
camino, bastión, guía,
luz, destino, razón.
De dónde vengo y a dónde voy.

Otros,
del diluido torrente original:
fortuitos y casquivanos,
utilitaristas, mercenarios, verdugos.

Los demás,
mezcla de anhelo y deseos,
refugio de temores,
escondite de miedos,
espejos reflejando, casi siempre,
mi propia imagen en otros.

Aquellos caleidoscopios de colores,
esos juegos de luces brillantes,
llamaradas explosivas que
nunca fueron inocuas.

En cada fuego
ardió un trozo
de lo que ya no soy.

María Adriana Sotelo Villegas

Preparatoria Tonalá Dra. Ruth Padilla Muñoz

Luna menguante

Mi luna está escondida
en las gotas de lluvia
y en su mitad
refleja figuras,
entre las nubes nocturnas aparece, entre traviesas
luciérnagas,
con el atardecer,
lánguida figura
mengua mis sueños
apareces con ella.
Luna caprichosa,
asomas tu faz
no se hace esperar,
sorda a los cantos de los grillos,
voluble a los versos del poeta.
Y altiva a los besos de la musa…
apareces en mi ventana
para darme tu aliento,
ilumina mis notas
y renace en mí, en cada sueño…
Luna plateada
fría y distante,
te ato en mi mundo
en cálidos colores,
te espero,
con cándidos rumores

largas horas,
tiernas despedidas
siempre celestina de mis temores.



Tú mejor que nadie

Dijo te conozco
cuando no eres tú
porque
siempre escandalizas la calle
con el silencio de tus labios…

Te conozco cuando no eres tú
porque tus suspiros
despiertan en mí, oigo a mi ser con tu latido…

Te conozco
cuando no eres tú
porque te vistes de fiesta,
cuando las nubes son negras
el agua se amarga
y la luz agoniza.

Te conozco cuando no eres tú
porque tu risa revierte
la ira del día,
las tribulaciones cotidianas
y el hielo del desamor…
Entonces dijo,
sabía
que eras tú,

porque cuando era otra
no reconocía tu risa,
ni tu fiesta
ni tu alegría
ni la canción que te hacía llorar
ni la voz que nace de ti
cuando tu magia
aparece y me hace respirar.



Voces

Su recuerdo es como cascabel,
que cae en una escalera infinita,
espero su grata presencia,

suenan en la vida
hacia abajo
y de noche.
En el silencio
gritan su presencia
como ese cascabel
bajan la escalera.
Como si fueran
fiesta en domingo
Un día de primavera,
también verano
de lluvia fresca,
como si el fin no existiera.
Como cascabel,
recuerda su presencia
su alegría

infantil
la ingenuidad,
del primer poema.
Voces
de una tarde
con sol,
tranquila y fresca,
gritan su presencia.
Voces que exaltan
el drama de su boca
y aclamo su presencia,
Sus ojos matizados a distancia
por las nebulosas
y crepusculares
estrellas...
Voces
que susurran
y solo existen eternamente
en mis recuerdos
solo son,
solo permanecen
solo transmutan
en mi memoria sin tiempo, sin piel,
sin cuerpo.





Cuento

Gema Lizeth Urista Reyes

Preparatoria Regional de Colotlán, Módulo Huejúcar

Alba

Entre las prisas y la oscuridad me percaté de que iba entre nosotras, o detrás de nosotras, la mujer de aspecto extraño que había visto en el auditorio. Parecía una mujer de las cavernas, de esas que nos pintaban en los libros de historia en aquellas épocas cuando la educación básica era un derecho y creo que también decían que era una obligación. Caminaba con dificultad y solo nos seguía el paso, siempre conservando una distancia más o menos pertinente. Pensé que era imposible que se tratara de una mujer prehistórica. La idea pasó de darme un poco de gracia a darme náuseas, porque entendí que era una esclava y la naturaleza de su estado solo la hacía diferente del resto de nosotras por el aspecto desaliñado que tenía, porque prisioneras éramos todas.

Lo entendimos más bien tarde, porque desde que instituyeron los vientres de laboratorio, las mujeres quedamos relegadas, en el mejor de los casos, a objetos de decoración; de esos que son caros y que casi nadie entiende y, por lo tanto, casi nadie tiene. Había, desde mucho antes, un pacto implícito entre los hombres que los orillaba a dejar de relacionarse con nosotras: algunos por la presión social, otros por evitar los problemas que suponíamos, y otros, de verdad, lo hacían por pura convicción.

Las Teleias eran mucho más sencillas de manejar; su hiperrealismo de catálogo cumplía con rigor excesivo todos los estándares que alguna vez se nos exigieron a nosotras y que, a decir de la historia moderna, fuimos incapaces de alcanzar. Pero ahora que la única función que por anatomía desempeñábamos más o menos bien en la sociedad ha sido

reemplazada por seres electrónicos, está prohibido para los hombres establecer cualquier tipo de relación con nosotras.

Al principio, hubo, por supuesto, hombres que protestaron y criticaron las medidas extremas. Pero al final les resultó más convincente seguir el pacto que les prometía bastantes comodidades y privilegios que rebelarse y sufrir las consecuencias; entre las cuales se encontraban algunas torturas medievales operadas bajo estricto control biométrico para evitar bajas indeseadas, la reasignación involuntaria de sexo que los pasaba directamente a convertirse en una de nosotras, y, por supuesto, la muerte bajo las formas más surreales. Vayamos a saber si entre nosotras no se encuentra alguno de ellos.

Los años anteriores al *boom* de las Teleias, hubo mujeres reales que intentaron de todo para igualarlas, mejor dicho, todas intentamos desde nuestras trincheras, parecernos, aunque sea un poco a ellas, pero nos quedamos muy atrás. Ni el exceso de entrenamiento físico, ni la comida preparada directamente desde el Smart-fridge, ni los miles de paquetes de cirugías y productos cosméticos evitaron el declive del género. La epidemia de salud mental trajo una hecatombe que no alcanzamos a dimensionar a tiempo, pues una cosa era el aspecto físico y la resistencia del cuerpo ante extenuantes quehaceres y obligaciones carnales; pero renunciar a absolutamente toda nuestra forma de comprender el mundo solo trajo un desfiladero de mujeres que se arrojaron al vacío, en cada una de sus acepciones.

Por la única razón de que yo soy de por aquí, es que voy en la parte de enfrente, entre que dirigiéndolas y desanimándolas también. Hablamos en voz muy baja y más bien lo hacemos con gruñidos. Eso también nos iguala mucho más a la mujer que viene atrás que a aquellas a las que quisimos alcanzar y fracasamos. Yo estoy descalza y el suelo húmedo de estos callejones muerde, pero no soy la única que va en esa condición. Teníamos nuestros zapatos en el Auditorio de la Universidad, pero algunas nos los quitamos por las razones que cada una debe venir lamentando en estos momentos. No es el mejor instante para recordar la cantidad de veces que asistí a las conferencias y los eventos, cuando íbamos a universidades y aún no renunciábamos al

voto. Ahora se convirtió en un Centro de Tutela Genética. El recuerdo cruza como un látigo y me golpea en la cara.

Nunca creí que a mí o cualquiera de estas mujeres nos alcanzara esta realidad. Sabía de los CTG y se escuchaban cantidad de leyendas urbanas alrededor de ellos, pero en las redes siempre se hablaron maravillas al respecto. Eran como aquellas viejas clínicas de bancos de sangre o semen, pero se enfocaban en óvulos. O al menos es lo que nos hicieron creer. Eran bastante redituables al principio y muchas los llegamos a utilizar como una forma de sobrevivir cuando encontramos imposible conseguir un empleo por la única y funesta razón de ser mujeres.

Después, muchos grupos radicales, anónimos y clandestinos de mujeres, en los que casi nadie confiaba, se dedicaron a protestar y difundir contenido de cosas que nadie entendía acerca de la eugenesia, y hasta se llegó a rumorar que en estos centros no solo se preservaban óvulos, sino úteros completos arrancados a mujeres presas, desaparecidas o esclavizadas, todo para hacer funcionar los vientres de laboratorio. La verdad es que no eran muy creíbles las historias porque siempre aparecían bajo seudónimos extraños desde cuentas falsas y siempre detrás de avatares feos. Hasta ahora, que nos han dicho que somos ilegales y nos han encerrado sin mediar explicación, es que empiezo a creer en todas esas historias, pero también empiezo a sospechar que es demasiado tarde.

Quizá fue un grave error no haberme ido con las mujeres de los colectivos cuando organizaron caravanas a escondidas para largarse de aquí. Quizá sea cierto que viven en la sierra donde se organizan de maneras anecdóticas, lejos de la civilización, si aún podemos llamarnos así, con poca comida y nulo contacto con la tecnología de nuestros días. Dicen que se aman unas a otras, pero eso es lo de menos porque hace mucho que aquí el amor dejó de ser una aspiración. Quizá nosotras podríamos llegar también a la sierra, pero únicamente conozco aquí a la redonda; la sierra está bastante lejos. Recuerdo gente que hacía recorridos de hasta veinte horas en vehículo solo para llegar a los lugares más habitados. Así que también empiezo a sospechar que esa idea solo es cosa de mi desesperación.

La mayor parte de este rato hemos venido agazapadas, en cuclillas o a gatas. Acabamos de llegar a un camino. Las cercas de las huertas no son tan altas y algunas mujeres vienen lastimadas por las piedras filosas o por lo que tuvieron que hacer más atrás con el guardia del CTG. Vamos con rumbo a Santa María y aquí debe ser la Cimentera, aunque actualmente lo dividen por campos.

Para este momento es posible que ya nos hayan echado de menos. Volteo hacia atrás para tratar de adivinar cuántas somos más o menos. Les pregunto, casi en silencio, si alguien sabe a dónde podemos ir. Hay murmullos ligeros, pero nadie parece tener idea ni siquiera de dónde estamos. Una voz desde atrás nos dice que es momento de caminar en dirección al ocaso, y a todas nos perturba, pues es de noche y ni siquiera yo, que conozco por aquí, puedo estar bien segura de por dónde demonios se mete el sol y como para qué caminaríamos en esa dirección.

Pregunto a la voz de allá atrás si puede guiarnos y ella responde que lo intentará. La luz de la luna nos ayuda un poco y comenzamos a seguirla. Yo me he quedado hasta la parte de atrás de esta peregrinación a la nada y pronto alcanzo a la que supuestamente nos viene guiando. No porque yo avance rápido, sino porque ella tiene dificultades. Si tan solo tuviera mis zapatos puestos. Caminamos por alrededor de quince minutos cuando empezamos a escuchar los drones. No se oyen sobre nuestras cabezas; eso sería el fin; se oyen allá por el lado de Santiago. Comenzamos a correr y no estoy segura de si sea una buena idea.

Llegamos al viejo canal que alguna vez abasteció de agua a estos lugares, cuando las huertas aún producían y también había ganado en los agostaderos. Hace mucho de eso; ahora todo el que produce lo hace desde la clandestinidad y no pasa de dos gallinas y unas plantitas de jitomate y chile. Este canal es muy viejo. Cuando yo era niña y aún corría el agua, jugábamos aquí, pero más allá al sur, ya en el lado de Santa María. Conozco bien los sifones que hay pasando las carreteras y los caminos. De repente caigo en la cuenta de que aquí cerca debe haber uno y me parece que puede ser un buen escondite. Debemos correr por el canal en dirección a Santiago, les dije. Ya sé que los drones andan de aquel lado, pero hay un sifón, que es como un hoyo en el canal, y ahí podremos refugiarnos.

Creo que nadie pensó que fuera mala idea porque comenzamos a correr en esa dirección por el canal, que está lleno de piedras, palos y espinas, pero por lo menos es más firme que el suelo que veníamos pisando más atrás. De pronto, una explosión. El estruendo me tira al suelo y creo que es el final. Tardo en reponerme unos segundos, pero me doy cuenta de que ya muchas han seguido la carrera y no están para esperar a nadie. Me levanto y quiero seguir corriendo, pero veo como la mujer prehistórica intenta levantarse y no puede. No sé por qué me regreso, pero trato de ayudarla.

—Levántate, como quiera que te llames —le dije.

—No me llamo —me dijo—. Soy, soy Alba. Sí habla, pienso, no es ninguna cavernícola, pero no estamos para presentaciones. La ayudo a levantarse y con dificultad continuamos la huida.

En los diez minutos que ayudé a Alba a, entre correr y caminar hacia el sifón, me di cuenta de que sangraba del vientre.

—Estás herida.

—Sí. Pero eso es lo que menos importa. —Cuando llegamos ya había poco espacio en el hueco húmedo y maloliente en el que todas estaban amontonadas. Ahí teníamos que esperar un milagro o por lo menos descansar un poco. Ayudé a Alba a recargarse y pude notar que la sangre de su vientre era abundante.

—¿Qué te pasó?

—Una histerectomía, los cabrones me quitaron el útero hace diez días. No sé qué pensaban hacer conmigo, pero matarme no querían.

El sonido de los drones se acercó ridículamente. Los oía directamente en mis oídos, pero no podía verlos. Todas entendimos que debían estar encima de nosotras y nos quedamos como petrificadas. Hicieron varias maniobras aquí cerca, pero al final se fueron. Vimos las luces alejarse. Tenemos que esperar a que amanezca y a que vuelva a ser de noche. La primera luz del día nos deja ver que aquí, al lado del sifón, hay algunas verdolagas cubiertas de rocío y creo que nos ajustará un puñado para cada una.

Alba parece estar cada vez peor. Tiene fiebre y la obligo a comer. La fiebre la hace murmurar. Mi comuna debe estar buscándome. Salí en busca de pistas de mi hija, algún rastro de mi sangre, pero no hay

pistas en un mundo tan borroso. Esta vez me ha borrado a mí también. Aprendimos a sobrevivir a esta hostilidad. Renunciamos a todo. Empezamos de cero. Fueron los años más felices de mi vida.

Si llegaran a encontrarlas, que sepan que aquí no hay nada nuestro. Sí, aprendimos a no dejar huellas. No me llamo Alba. Soy Alba.



Laura Angélica Valadez Martínez

Preparatoria Regional de Lagos de Moreno

Aporía

Faer despertó con un ritmo frenético golpeando tras sus sienes, como si algo con dientes estuviera intentando masticar su cráneo. Sus párpados, pesados y pegajosos, se despegaron con la lentitud de una herida abriéndose. La habitación no apareció de golpe; más bien, se filtró en su visión en ráfagas de sombras intermitentes. El aire se sentía sólido, una masa fría que se adhería a su piel, como si la oscuridad no fuera ausencia de luz, sino una presencia física que empezaba a apretar. La conciencia le regresó en forma de una punzada eléctrica que le recorría el espinazo, mientras el cuarto se contraía y se dilataba al ritmo de su propio pulso, perdiendo cualquier rastro de solidez. El silencio no era vacío; tenía un peso metálico que le dificultaba el aliento. Sintió cómo el aire de la estancia se volvía denso y viscoso, como si las sombras se despegaran de las paredes para reptar hacia él. La habitación no solo era desconocida, sino que se sentía hostil; como un animal que contiene la respiración antes de atacar.

Al principio, su mente intentó protegerlo dibujando espejismos de lo cotidiano: el brillo de los cuadros de retratos, colgados en la pared, el contorno familiar de un sillón de terciopelo, pero el engaño duró apenas un suspiro. Las sonrisas en las fotos comenzaron a derretirse como cera bajo el fuego, convirtiéndose en vacíos negros, y los muebles se encogieron hasta revelar su verdadera naturaleza: cuatro muros que exudaban una humedad rancia. La puerta no era de madera, era un bloque de hierro devorado por un óxido que supuraba como una enfermedad de la piel; a través de la mirilla, una luz lejana palpitaba con el ritmo de un corazón moribundo, demasiado tenue para disolver el frío que ya se había instalado en sus huesos.

Una náusea ácida le subió por la garganta mientras el corazón le martilleaba las costillas. Faer quedó atrapado en una parálisis que le quemaba los nervios: el impulso desesperado de abalanzarse contra la rejilla y el miedo atroz a que, al gritar, el silencio le devolviera una respuesta. ¿A quién invocaría en aquel vacío? El propósito de su encierro era una neblina espesa en su mente; no recordaba el camino hasta allí, y esa ausencia de memoria dolía más que el frío que le trepaba por las extremidades.

—Debes salir de ahí —resonó una voz que pareció atravesarle la cabeza. Era etérea, casi un rastro de humo sonoro que se abría paso a través de la opresión del cuarto. No era un consuelo, sino un mandato. Faer sintió un vuelco en el estómago; por un instante, el peso de las sombras pareció retroceder ante esa frecuencia extraña. Alguien o algo compartía su cautiverio, una presencia que se sentía como una corriente de aire puro en medio de una tumba.

—¿Quién…? —logró balbucear, pero el aire se tragó su voz.

—Debes salir de ahí. —La orden se volvió un eco infinito, un bucle sonoro que hacía vibrar el óxido de la puerta. Salir. Salir. La voz se multiplicó, convirtiéndose en un enjambre de ecos que rebotaban contra el concreto húmedo, envolviéndolo en una espiral de sonido que le nublaba el juicio. Mientras la habitación se sumergía en una oscuridad absoluta, como si las paredes estuvieran cerrando sus párpados sobre él, una presencia se materializó a su espalda; un aliento gélido le erizó el vello de la nuca y una voz desgarrada, con la vibración de una lija sobre hueso, le rugió directamente al oído:

—Nunca saldrás de aquí.

Faer retrocedió buscando la solidez del muro, pero sus hombros se hundieron en una superficie febril. No era concreto; era una elasticidad húmeda, elástica, como la encía de un gigante o una piel inflamada por la infección. Permaneció allí un segundo de más, el tiempo suficiente para sentir un latido sordo al otro lado del tejido, un movimiento orgánico que buscaba su calor; se apartó con un espasmo de asco, mientras un pulso ensordecedor le retumbaba en los oídos, como si la sangre intentara escapar de su propio cuerpo. Su mente se convirtió en un torbellino de vértigo; el mareo lo cubrió como un manto de

brea. Las paredes comenzaron a curvarse y el techo descendía con la parsimonia de una mandíbula cerrándose. Los retratos desfigurados regresaron para burlarse de él. La habitación ya no era una estancia; era una garganta que lo absorbía, un espacio que se contraía con cada uno de sus jadeos, atrapándolo en su propia asfixia.

Su respiración se volvió un hilo tenue y la conciencia se le escapó en un parpadeo que duró una eternidad. Al abrir los ojos, la oscuridad se había condensado en una silueta suspendida frente a él; era una sombra monumental, una ausencia de luz tan profunda que dolía mirarla. La figura alargó un brazo interminable, desproporcionado, y lo señaló; sus movimientos no tenían la fluidez de lo vivo, sino el rítmico y rechinante mecanismo de un autómata oxidado. La fijeza de su "mirada" sin ojos le vació las entrañas. Faer intentó retroceder, pero sus piernas no respondieron.

En ese instante de terror puro, una garra gélida y húmeda, con uñas que parecían astillas de vidrio, se cerró alrededor de la base de su cráneo. Lo arrastró sin esfuerzo por el suelo húmedo y lo arrojó contra el muro opuesto. El impacto lo dejó frente al cuadro. Allí, tras el lienzo, se vio a sí mismo, no como era ahora, sino como una bestia de desesperación, inclinado ante la puerta, golpeándola y arañándola hasta que sus dedos eran solo muñones sangrientos. Parpadeó y la imagen se disolvió en sombras. El mareo lo venció por completo, obligándolo a cerrar los ojos; cuando los abrió de nuevo, la atmósfera de la celda se había extinguido. No estaba solo.

La celda se había desvanecido; se había transformado. El aire era seco, estéril, iluminado por una luz blanca y clínica que no proyectaba sombras. Al fondo, una mesa de metal. Una silla. Y en la silla, un hombre.

Faer dio un paso, luego otro. Las piernas le temblaban bajo un peso nuevo: el reconocimiento. El hombre vestía su misma ropa, tenía su misma cicatriz en la ceja y arrastraba sus mismos hombros caídos. Pero cuando Faer se acercó lo suficiente para buscar sus propios ojos en aquel espejo de carne, la realidad sufrió un espasmo. Como un fotograma quemado, la cara del hombre parpadeó; sus facciones se estiraron, se hundieron y se borraron en un segundo de estática visceral.

Lo que quedó sentado allí fue una figura sin rostro, una superficie de piel lisa y pálida donde deberían estar los ojos, inmóvil, emanando una vibración de vacío que helaba la sangre. Sobre la mesa, entre los dedos de esa entidad, descansaba la llave oxidada.

Faer no gritó; el terror le había sellado la garganta. Con movimientos torpes, estiró la mano y tomó el metal frío. La criatura no se movió, pero Faer sintió que esa ausencia de rostro lo observaba con una intensidad absoluta. Dio media vuelta y corrió hacia la puerta detrás de la silla. Estaba abierta, sin cerrojos, invitándolo a escapar de aquel limbo blanco.

Cruzó el umbral con el corazón a punto de estallar, buscando el aire libre, el mundo, cualquier cosa que no fuera él mismo. El portazo tras él sonó como un disparo.

Faer se detuvo. El aire ya no era seco; era pesado, cargado de un olor a moho y hierro. Miró a su alrededor y el alma se le cayó a los pies. No había luz blanca. No había mesas. Se encontraba en una celda más pequeña, más estrecha, de paredes ciegas que parecían sudar un fluido oscuro. Buscó la puerta por la que acababa de entrar, pero solo encontró concreto sólido y frío. No había ventanas. No había rejillas. No había salida.

Solo quedaba él, la llave inútil en su mano y el silencio absoluto de un lugar que no tenía intención de dejarlo ir nunca.



Sergio Alexis Orozco Mendoza

Preparatoria 9

Épica escolar

A los que son, y fueron,
mis estudiantes.

Los días pasados les había rogado a mis padres que no me hicieran ir a la escuela, pero hoy estaba decidido a hacerlo. Les había prometido a mis amigos que no fallaría y que estaría ahí hasta el final. Nunca se me hubiera ocurrido que, ante tales circunstancias, nos volveríamos tan unidos. Mis padres se sorprendieron bastante cuando me vieron bajar de mi habitación con la mochila colgada, unos lentes negros y la gorra puesta al revés.

—Te van a decir que te quites eso de la cabeza —replicó mi padre.

Pero hice caso omiso y me monté en la bicicleta como si fuera un corcel, y con la valentía de quien va a la guerra, me dirigí a la escuela para encontrarme con mis compañeros. Mi madre se quedó expectante y mi padre, furioso; era inútil discutir con ellos. Tanto mis papás como los de mis compañeros habían sido maldecidos, y eso terminaría hoy por fin.

…

Al principio las señales fueron casi imperceptibles. En la escuela, muchos de nosotros comenzamos a perder algunas cosas: plumas, sacapuntas, cuadernos. Lo tomábamos como algo normal —¿quién no pierde útiles en una escuela?—. Sin embargo, todo empeoró cuando desapareció el dinero para los desayunos y para el transporte. Pensamos que alguno de nuestros compañeros estaba haciendo bromas de mal gusto o que la necesidad le obligaba... Pero las dudas se disiparon

cuando los robos se generalizaron. No había persona en la escuela que no hubiera perdido algo. Lo peor es que ya no solo desaparecía material escolar; comenzaron a perderse los relojes, anillos y collares de algunos niños que podían permitírselo.

Fue entonces que las protestas comenzaron y muchos estudiantes les pidieron a sus padres que fueran a exigir soluciones a la administración. Yo también les pedí a los míos que fueran a quejarse; me sentía triste porque había desaparecido mi libro favorito: *Beowulf*. Le tenía un especial cariño porque, después de trabajar y ahorrar durante las vacaciones de verano, lo había podido comprar, pues mis papás no tenían el dinero para costear más allá de las necesidades básicas.

Los padres iban y venían, pero cada vez que intentaban hablar con el director, los guardias les negaban el acceso o les mentían diciéndoles que no se encontraba. Ni el Palacio de Buckingham ni el papa tenían tanta seguridad. Mis compañeros y yo estábamos desesperados, así que decidimos juntarnos varios de diferentes salones e ir nosotros mismos a preguntar al director qué era lo que sucedía. Cuando llegamos a la dirección, percibí que la secretaria lucía diferente: estaba más encorvada de lo usual y los ojos le sobresalían. Incluso me pareció que las orejas le habían crecido… Nuestro intento fue inútil; la mujer nos indicó, o más bien nos gruñó, que el director estaba muy ocupado y que mejor regresáramos otro día. Pero los chicos de sexto semestre, que tienen la experiencia de un viejo sabio, decidieron crear pequeños escuadrones que espiaran por las ventanas de la oficina. Así confirmarían las ausencias del director y sus verdaderas ocupaciones.

Eran todos unos estrategas, y yo, que no podía aguantarme las ganas de estar al tanto de todo, los seguía como su sombra. En una ocasión, fuera de dirección, cuando no había prefectos rondando, observé cómo dos de los chicos se subieron sobre los hombros de otros dos y, cuando se asomaron para inspeccionar el lugar, lo que vieron los dejó asombrados. Bajaron con la velocidad de un rayo y corrieron hasta donde estaba el resto. Como pude, logré alcanzarlos y escuchar el relato de lo que encontraron: dentro de la oficina sí había una persona, pero no se parecía en nada al director. Era una criatura jorobada, con grandes orejas puntiagudas de cuyo interior salían pelos llenos de ce-

rilla; sus dedos eran alargados y huesudos, y su estatura parecía mayor porque estaba sentada sobre todos los objetos robados.

La revelación provocó miedo en muchos de nosotros e incredulidad en otros. Aunque las dudas se esfumaron cuando aparecieron ojos en las esquinas de los salones: ojos que parpadeaban y nos vigilaban constantemente. Algunos maestros también se sentían atemorizados, pero otros parecían ignorar el hecho. Creo que, en realidad, decidían hacerlo… Incluso, esos maestros parecían estar cómodos y, cada vez que alguien susurraba o hacía algún comentario negativo sobre esas rarezas, se enfurecían y les crecían más las orejas.

Un día nuestros padres recibieron un citatorio para una junta general. El auditorio estaba repleto de papás enojados y consternados; su intención era aclarar de una vez por todas lo que sucedía en el plantel. Pero nunca supimos en realidad qué pasó ahí dentro. Como era obvio, teníamos prohibida la entrada.

Cuando salieron de la junta, los semblantes de nuestros padres reflejaban felicidad pura, como cuando van a las reuniones y se ganan un premio. Desde ese día todo fue de mal en peor. Se hicieron más estrictos en casa; nos obligaban a llevar uniformes grises y, cada mes, daban supuestas donaciones voluntarias a la escuela para "mejorar" nuestra educación.

Todo era muy claro, no podíamos ni debíamos confiar en nadie: les habían lavado el cerebro. Muchos de nosotros jurábamos que la criatura que había tomado el lugar del director los había hechizado. Fue entonces cuando, en una de las reuniones clandestinas que tuve con mis compañeros, dije:

—Duendes. —Las palabras salieron de mi boca sin permiso alguno y todos contornearon sus ojos.

—¿Duendes? —preguntó uno de cuarto semestre con escepticismo.

—Es lo más lógico, lo he leído en mis libros sobre caballeros. Son criaturas horripilantes; están enfermas de codicia y de poder.

—Yo te creo —dijo una chica que llevaba brillos tornasol en el rostro. Podría apostar que era un hada que venía en mi auxilio—. De hecho, creo que lo que de verdad debería importarnos es cómo podemos deshacernos de esas cosas y salvar a nuestros padres.

No nos quedó otro remedio; todos mis compañeros y yo nos juntamos una tarde fuera de la escuela para evitar los ojos de las aulas y las orejas de los maestros. Estábamos desesperados y asustados, pero eran más el odio y el coraje. Si nuestros padres no podían salvarnos, nosotros los salvaríamos a ellos y, de paso, a nosotros mismos. Investigamos cómo acabar con las criaturas. No había mucha información, pero una chica, de las más inteligentes, formuló la hipótesis de que, como nunca salían de sus oficinas, probablemente odiaban la luz.

Así que hicimos un plan: buscamos toda la pirotecnia que nuestros bolsillos pudieran pagar. Gastamos nuestros últimos ahorros. La fuimos distribuyendo por toda la escuela a escondidas de los prefectos y de los maestros. En las oficinas concentramos la mayor cantidad y elaboramos un cronograma para activar las bombas y los juegos pirotécnicos. No podíamos fallar.

…

Ese día el sol estaba tapado por las nubes grises de una tormenta. Estacioné mi bicicleta en la entrada de la escuela. Mis compañeros se habían apiñado un poco antes de que sonara el timbre para afinar las indicaciones del ataque. Sincronizamos la hora durante la clase de Historia, justo al mediodía. Cuando el profesor comenzó a narrar las batallas medievales, presionamos los botones para detonar los fuegos: la escuela estalló en grandes estruendos y luces. Los ojos de las paredes se estremecieron, las orejas del maestro se erizaron y los gritos en las oficinas fueron aterradores.

Corrimos al patio y, desde ahí, vimos cómo las criaturas trataban de huir. Por alguna casualidad divina, el cielo se despejó y el sol convirtió a los duendes en piedra. La escuela se llenó de una felicidad que hacía tiempo no existía. En minutos las calles se poblaron de coches: eran nuestros padres, al fin despiertos. Yo me escabullí entre las piedras deformes de las criaturas hasta llegar a la dirección. Salvaguardé todos los artefactos y materiales robados y abracé con cariño mi libro perdido. Por primera vez me sentía un personaje caballeresco.

Al salir, mis amigos y yo sonreímos, con las caras tiznadas, y comenzamos a vitorear nuestra libertad, sin notar que, en una ventana alta, un ojo penetrante parpadeaba todavía.



Rutina de gimnasio

El gimnasio retumba bajo el volumen de la música. Camino hacia uno de los casilleros para guardar mis pertenencias y saco de la mochila lo indispensable antes de ponerla bajo llave: agua y toalla, los ornamentos litúrgicos de tan saludable ceremonia. Luego me vuelvo hacia la recepcionista, sacerdotisa de este templo, quien selecciona las canciones desde su computadora. Le entrego la llave del casillero y ella responde con un guiño. Yo, halagado, le sonrío con cortesía mientras pienso: "Oh, señorita, no me acuse de soberbio ni mucho menos de malagradecido, pero es que yo no soy lo que usted cree".

Y es justo en ese instante cuando aparece la duda, puntual y perseverante como todos los días. Entonces, ¿quién soy? ¿Hombre, bestia o quimera? Quién sabe. Esa misma incertidumbre es la que termina apoderándose de mis pensamientos apenas comienza la rutina. La misma que poco a poco adquiere peso y se materializa en una piedra que cargo hacia un lugar indeterminado y que, cuando por fin creo haber colocado en su sitio, rueda —la muy desdichada— de regreso a su punto inicial.

Como no me siento cómodo con la música que la mujer ha puesto, me pongo los audífonos, elijo una canción de forma aleatoria y subo el volumen al máximo. Música de los ochentas, nostalgia de las pasiones desenfrenadas, y todo se transforma a mi alrededor. El ritual ha comenzado. ¿O son acaso los espejos que gobiernan las paredes de este edificio, los reflejos de los numerosos cuerpos y las rutinas tan cuidadosamente ensayadas, lo que me ha hecho imaginar tal escenario ceremonial? No debería importarme; al contrario, debería estar

agradecido porque poseo el privilegio de costearme el acceso a tan restringido espacio y desahogar las energías que, al igual que yo, muchas mujeres y hombres vienen a liberar. Pero ¿qué digo? Si son esas mismas energías las que lo atrajeron a él —mi pareja, claro, que así se dice ahora; no vaya uno a llamar novio al novio y termine subvirtiendo el orden social—. Cuando nos conocimos, no decía otra cosa que: "Me encanta cómo piensas, es que tienes una energía que atrae a todo mundo". Y véanme ahora, condenado a un gimnasio donde desahogo, a través del sudor y la fuerza, aquellos encantos que antes enamoraban y que ahora solo parecen fastidiar a mi prójimo.

Me dirijo hacia una de las elípticas, que forma parte de una larga fila de caminadoras, y programo diez minutos de cardio. Lo necesario para activar el cuerpo, y como este ya reconoce la rutina, despierta de su aletargo. Los músculos, que en principio parecían petrificados, se liberan y el sudor comienza a atravesar mi playera. Le doy un sorbo a la botella de agua y entonces aparece frente a mí el entrenador: parado muy recto, dándome la espalda, mientras busca unas mancuernas en las estanterías. Ese caballero, cuya armadura son sus músculos, representa el modelo hegemónico, el guía espiritual de este recinto. Detengo la elíptica, me seco el sudor de la frente y camino hacia él. Cuando se percata de mi presencia a través del espejo, se vuelve y, mientras hace presuntuosamente una pose fisicoculturista, me pregunta: "¿Listo para hacer crecer esos músculos y ponerte bien rico?".

La pregunta, más que motivarme, me despierta dilemas: ¿Ponerme rico? ¿Acaso soy un pedazo de carne en proceso de preparación? ¿Tiene mi cuerpo la calidad de un platillo que debería cocinarse para agarrar buen sabor? ¿O es quizás otra de las múltiples expresiones que, desde épocas inmemoriales, los hombres heterosexuales utilizan para animar a sus iguales o para "halagar" al sexo contrario en las calles? Tal vez advierte en mi silencio y mi seriedad un dejo de incomodidad.

Del mismo modo le respondí a mi novio cuando me hizo el comentario: "Te ves muy tierno con esa pancita, pero con ese rostro y esas nalgas, seguro te verías mejor si vas al gimnasio". Y yo, como soy primerizo en este mundo de las relaciones formales, solo me limité a preguntar: "¿Tú crees?", aunque por dentro lo fulminaba con mis pen-

samientos y lo llevaba hasta la aniquilación, porque de algún modo sabía que terminaría cediendo a sus deseos, a sus expectativas… tal como otras muchas parejas, me había determinado a complacer, a mantener la cordialidad entre ambos. "A nadie le agradan las parejas problemáticas", solía decir él, y nosotros no seríamos la excepción a la regla, a la norma…

El entrenador describe la rutina del día y, como es lunes, me toca entrenar pierna: esa parte del cuerpo que, con disciplina y cuidado, te garantiza prestigio y posicionamiento en el mundo gay. Me indica que haga sentadillas en la barra libre, pero hay otro hombre utilizándola, lo que me obliga, con desdén, a recurrir al lenguaje que legendariamente ha predominado entre las tribus masculinas de este lugar: un par de señalamientos con las manos para indicar que me interesa usar el aparato y otro para preguntar si es posible alternarlo, cada una de estas indicaciones finalizadas con un "chido, bro" o "gracias, bro", porque aquí, como en las iglesias, todos somos aparentemente hermanos. Espero a que termine de usar la barra y observo cómo su piel, encendida por el esfuerzo, adquiere un tono rojizo que me resulta familiar… así, justamente así, se coloreaban mi espalda y mi pecho en los días en que visitaba el vapor del centro, en aquellas tardes de comunión carnal donde los chicos, sin más ley que el deseo, celebraban su libertad. Era una época en la que podía ser plenamente quien era, sin las ataduras ni las coreografías morales de una relación. Pero, desde el momento en que mis labios pronunciaron las palabras "sí quiero ser tu novio", tuve que enterrar ese pasado de libertinaje que, sin duda, alteraba el orden moral… un orden que, dicho sea de paso, ya venía torcido, porque lo nuestro —no olvidemos— es una pareja "no normal". Aunque si se observa con mayor cuidado…

Me ceñí a una rutina donde los ejercicios son momentos con técnica y conteo, igual que los compromisos con mi pareja: el mismo desayuno para ambos, la lista de reproducción musical elegida en conjunto, los *tuppers* para la semana compartidos, las fotos donde ambos salimos felices pero formales. Lo nuestro, dicen, es una relación ejemplar. Una relación modelo por su compostura, por su higiene, por su masculinidad "no afeminada" y por su alimentación balanceada.

Porque aunque seamos dos hombres, parece que lo ideal sigue siendo funcionar como una pareja heterosexual: uno toma la iniciativa, el otro cede; uno se cuida, el otro vigila; uno desea, el otro administra. Y si acaso queda algo de pasión, se entrena, se regula y se mide.

La barra se desocupa y procedo a realizar mis sentadillas. Mi cuerpo se pone rígido por el peso y mis piernas tambalean un poco, aunque al final, como mis pensamientos, se regulan y siguen la serie. Abajo y arriba. Uno, dos… aparece él recostado en el sillón mirando un partido de futbol; tres… yo reordeno los libros que consulté la noche que pasé redactando el artículo para la revista; cuatro… nuestro perro deja un rastro de huellas de lodo mientras juega con él; cinco… yo me apresuro a limpiar todo antes de salir hacia la editorial; seis… él me aconseja que use corbata para verme más formal, más masculino; siete… tiro las galletas de chocolate a la basura porque atentan contra las sanas costumbres de esta casa; ocho… me pregunta si algún día quisiera casarme; nueve… discutimos porque él quiere una boda que pase a la historia y yo algo íntimo, casi invisible; diez… él quiere un hijo, y yo no sé —con certeza— si lo deseo; once… él aparece en cada evento social, muy oportuno y con reloj en mano, para recogerme; doce… termina su jornada empresarial y duerme plácidamente mientras yo me quedo hasta tarde escribiendo y pensando en el futuro…

Ese futuro que se desdibuja entre los sueños de ambos, ahí donde el tiempo se resiste a avanzar e imperiosamente me obliga a mirar las horas y los días que hemos compartido. Me encuentro con una figura que ya no soy, una que habita tiempos remotos y que me confronta y cuestiona por quien soy ahora. Y la duda —esa piedra que cada día se hace más pesada— me aplasta, me tortura, me mata…

Pero ¿qué pasa? Las piernas se me acalambran, ¿será por el peso? Si apenas he colocado un par de discos de cada lado de la barra. Decido abandonarla, derrotado, y me recargo en uno de los estantes, frente a uno de los espejos. De pronto, la música se aleja de mis oídos y solo queda el sonido acompasado de mi respiración, como si por fin pudiera escucharme. Un grupo de mujeres me observa entre curiosas y compasivas, como si en ellas existiera el reconocimiento de mis síntomas, y diagnostican, a base de miradas perspicaces, el cuento de hadas fallido.

Del otro lado, un grupo de amigos aúlla mientras uno de ellos levanta una barra con cinco discos de cada lado. Gritan: "¡Eso, cabrón!", como si estuvieran en medio de un ritual de iniciación. Y yo, que ni soy el príncipe de una torre ni formo parte del ritual, me encuentro atrapado entre la mirada ajena y mi propio reflejo, preguntándome si el cuerpo que tanto he querido transformar no ha terminado por volverse mi nueva jaula.

Esta jaula cuyas rejas están hechas de deseos reprimidos y olvidados, encadenada entre los ciclos de una rutina absurda y sin sentido. ¿En qué momento salí de un clóset para entrar a otro que, aunque más amplio y confortable, sigue teniendo los mismos candados? Allí, a modo de guardarropa, habitan el anhelo, la culpa y esa duda que se ha petrificado y que me retiene…

Me dejo caer al suelo. La respiración ya se ha regulado. Miro mi rostro en el espejo y me pregunto si es el mismo semblante cansado y agobiado que vio mi jefa cuando me ofreció aquella beca: "Eres la persona indicada para aprovecharla; esa mente tan aguda y tus reflexiones sociales merecen leerse en todo el mundo. Pero también entiendo que aceptarla puede alterar muchas cosas en tu vida, y todos sabemos que eres feliz. Por eso, no quiero que me des una respuesta inmediata; piénsalo".

Sí, claro, muy feliz… Si supieran que esa felicidad no es más que otro artificio dentro de la dramatización que día tras día me empeño en interpretar. Que solo en mis escritos consigue salir a la superficie esa voz que tanto he intentado liberar. Esa libertad que para unos resulta desmedida y que para otros debe controlarse, disciplinarse… Una libertad que la historia misma me enseñó a desear, pero que también se encargó de arrebatarme.

Y aquí estoy, condenado a cargar una piedra cada vez más pesada. Yo no soy hombre ni bestia: soy una anomalía, una conciencia que busca un lugar en el ciclo normado. Un cuerpo que se resiste a ser sacrificado en tan rutinaria celebración. Yo, la roca que vuelve sin gloria ni sentido al mismo punto. No soy tótem ni símbolo…, solo el peso muerto de una historia que nunca supo narrarme.

Miro el espejo con atención y no puedo reprimir las ganas de atravesarlo, de encontrarme con un reflejo distinto de mí mismo. Quisiera gritarle, golpearlo y hacerle entender que debe huir de este laberinto idealizado. Y, sin embargo…

La música regresa con fuerza a mis oídos, y "Toda la vida" se reproduce. Mi cuerpo parece más ligero, me levanto y entonces todas las posibilidades se abren como puertas en mi mente. Tal vez podría tomar mis cosas y dirigirme a los baños de hombres, desnudarme y fingir demencia para entrar a una de las regaderas que están ocupadas: "¡Oh, disculpe, señor, no era mi intención mirar!", y entonces él me tomaría del cuello y juntos saciaríamos aquellos deseos carnales que se empolvan y añejan en mi agenda. O mejor aún, tomaría el coche, conduciría hasta la casa y metería toda mi ropa en las maletas, excepto las corbatas y esas prendas de tonos sobrios que me hacen ver tan masculino —porque, a fin de cuentas, ¿para qué cargar con lo que uno no es? —. Y para cerrar con broche de oro, dejaría una nota junto al plato de nuestra mascota con un breve recordatorio: "No olvides alimentarlo; te quiero, pero más me quiero yo". ¡Qué osadía la mía! O quizás… todas esas posibilidades se amontonen, como se amontona el peso de esa piedra que ha ido desencantando mi vida. Y yo, fiel a mi costumbre, volvería como siempre: después de una fiesta ochentera, con resaca y con recuerdos —que a veces ni siquiera fueron míos—, convertidos en premio de consolación.

Pero no, esta vez todo está claro. Camino hacia la salida y el entrenador me observa con desconcierto: he decidido no terminar los ejercicios. Me alejo con la certeza de que ni él ni nadie pueden entrenarme o atarme a otra rutina, a otro ciclo. La piedra se ha quedado atrás, inmóvil entre discos y espejos. He ahí la prueba de que no todo lo que pesa debe ser cargado. En la entrada, la recepcionista me mira. Yo, ya sin culpa ni remordimiento, le guiño un ojo de regreso. Ella sonríe y yo, por fin, soy.



Adriana Araceli Arízaga Olguín

Preparatoria Regional de Santa Anita

El alquimista de los abrazos

La memoria de mi madre, doña Beatriz, no se encuentra en las fotografías de los álbumes, sino en el aroma del romero y en la textura del pan recién horneado.

Para ella, el amor no era un sustantivo, era un verbo que se conjugaba en la cocina, en las costuras invisibles de mis uniformes escolares y en la capacidad sobrenatural de detectar mi tristeza antes de que yo mismo supiera que la sentía. Recuerdo especialmente el año de la gran sequía. No me refiero al clima, sino a la sequía que atravesó mi padre al perder su empleo; una sombra que se instaló en el centro de nuestra sala y amenazaba con devorarlo todo. En ese tiempo, yo tenía diez años y el miedo era una presencia física en mi garganta. Sin embargo, mamá se convirtió en una alquimista. Tenía la habilidad de hacer que una sopa de piedras pareciera un banquete de reyes. Ella no cocinaba comida; cocinaba seguridad.

—Mientras el fuego esté encendido en esta casa —decía, mientras revolvía una olla con una calma litúrgica—, nada malo puede entrar.

El amor de mamá se manifestaba en los detalles más ínfimos, aquellos que el mundo suele ignorar. Eran las cinco de la mañana y yo la escuchaba trajinar en la penumbra, preparando mis meriendas con una dedicación que hoy me parece sagrada. Cuando me enfermé de neumonía, ella no durmió durante seis noches.

Se convirtió en una extensión de mi propia respiración, humedeciendo mis labios, susurrando historias de sus antepasados que parecían tejer un escudo protector alrededor de mi cama. Su amor era una forma de resistencia civil contra la adversidad.

A medida que crecí, mi relación con ella pasó por las turbulencias de la adolescencia. Intenté alejarme, creyéndome autosuficiente, pero ella siempre supo guardar la distancia exacta: lo suficientemente cerca para sostenerme si caía, lo suficientemente lejos para dejarme caminar. Su amor no era posesivo, era un puerto seguro al que siempre se podía volver sin dar explicaciones.

El momento definitivo ocurrió cuando tuve que marcharme del país para buscar una vida mejor. En el aeropuerto, ella no lloró como yo esperaba. Me tomó las manos y me entregó un pequeño cuaderno de tapas gastadas. Estaba lleno de sus recetas, pero entre los ingredientes de los pasteles y los guisos, había anotado pequeños consejos sobre cómo enfrentar la soledad, cómo cuidar la dignidad y cómo recordar quién era yo cuando el mundo intentara borrarme.

—Hijo —me dijo, con esa voz que tenía la firmeza de las raíces y la suavidad de la seda—, yo ya te di mis alas. Ahora solo asegúrate de que el viento siempre te encuentre volando.

Años después, cuando recibí la noticia de que su luz se apagaba, regresé a casa a toda prisa. La encontré pequeña en su cama, pero su presencia seguía llenando la habitación. En sus últimos días, sus manos, ya cansadas y nudosas, seguían buscando las mías. No hubo palabras de despedida dramáticas porque no hacían falta; toda su vida había sido una larga y hermosa frase de amor.

Cuando finalmente se fue, comprendí que una madre no muere del todo. Se queda en el modo en que cerramos la puerta para que no entre el frío, en la honestidad de nuestras palabras y en ese instinto de protección que ahora yo sentía por mis propios hijos. El amor de mamá es la única energía en el universo que no se destruye ni se transforma; simplemente se expande, convirtiéndose en el aire que nos permite seguir respirando cuando la tristeza aprieta. Hoy, cada vez que cocino su receta de estofado, el vapor que sube de la olla me trae su abrazo, recordándome que nunca he estado, ni estaré, verdaderamente solo.

Las personas que amamos no se van del todo porque vienen en nuestro corazón, en las memorias, en las aventuras y en los recuerdos; además de respetar y conmemorar su existencia en el paso de nuestra vida, porque no se retiran; viven dentro de nosotros en cada palabra

que usamos y las acciones que hacemos; porque la vida se venera y perdura como un todo, como un siempre, como si el tiempo se detuviera y ahí están para guiarnos y abrazarnos cada vez que el pensamiento recurre a las vivencias maravillosas, porque no se acaba la existencia, al contrario, queda en los corazones de las personas que amamos y nos amaron, en los momentos de júbilo y tristeza, pero, sobre todo, quedan en un todo de nuestra realidad.



Carlos Alberto Gonzalez Sevilla

Preparatoria 9

Seguimos ocultos

Esa tarde estaba lloviendo, pero algo se sentía diferente. Desde hace tres semanas que Lizzie no se aparecía, e Iñaki, con su gordo trasero pegado al puff morado, no decía nada. El muy hijo de perra seguramente rompió con ella. Quise escribir, pero no aparecía su cuenta de Instagram e Iñaki estaba gritando tanto que no podía pensar claro.

—Son unos pendejos, les dije que no atacaran al Lord. —Metió la mano grasosa en una bolsa de chetos llenos de chamoy y luego dio un sorbo a su boing de fresa—. ¿Cómo vamos a subir de rango si no se toman esto en serio?

Yo estaba realmente cansado. Llevábamos jugando tres horas seguidas *Mobile Legends* y terminamos derrota tras derrota porque Iñaki hacía movimientos estúpidos y era incapaz de aceptarlos; siempre nos culpaba de *trolls*, mancos o *bots.*

—Deja de usar magos, Cian, y ahora utiliza soportes. —Me miró de reojo y apretó sus puños contra sus rodillas—. Usa a Carmilla.

No respondí, tenía algo de sueño; fue un día largo en el trabajo y no quería seguir las órdenes de otro obeso pidiendo un *latte light* deslactosado con vainilla *sugar free* y media docena de donas Dubai.

—Carmilla la usaba Lizzie cuando jugaba con nosotros, cuando jugaba contigo —solté, con la voz fría, sin despegar los ojos de la pantalla—. Por eso no la voy a seleccionar. Porque ella ya no está, Iñaki.

El cuarto se quedó en silencio, las luces de la habitación parpadearon; solo el sonido del agua bajando por el tejado y el zumbido eléctrico del *fridge* reanimaron nuestras vidas. Ron dejó de mover su *joystick* y abrió la boca. Iñaki se puso rojo, la vena del cuello le saltó mientras la bolsa de chetos crujía en su mano.

—Al menos ella sí era mi novia de verdad —escupió Iñaki, con una sonrisa burlona y los ojos enterrados en mí—. No como tú, que vienes aquí a dar lástima migajeando las sobras de Joss, creyendo que significas algo cuando todos sabemos que él se muere por Pablo.

Las palabras se sintieron como un golpe brusco, una punzada que dio directo al centro del pecho. Ron me dio un puñetazo en el hombro e Iñaki me arrojó de inmediato un cheto que manchó el lienzo blanco de mi suéter de Junji Ito. Quise estrangularlo, pero Joss entrelazó sus dedos a los míos por debajo del escritorio.

Me solté de inmediato. Me puse de pie. Tomé mi chamarra negra para cubrir el naranja en el suéter y agarré mi patineta del suelo. Caminé sin mirar a nadie; el pantalón *oversize* se humedeció casi de forma instantánea al rozar el jardín de la entrada y me enterré los auriculares en los oídos.

Las primeras notas de Avril Lavigne: *I'm with You*, inundaron mis tímpanos en un intento de ahogar las palabras de Iñaki, las estúpidas, las crueles, las peores, las violentas, las… cosas que al final eran ciertas y lo dijo. Las ruedas de la patineta cortaban el agua sobre el concreto, hacían shuashhhhh, shuashhhhh. Y yo me derretía con la cabeza inflamada, con los pulmones agitados y con mi luna en Escorpio, ¿sin entender por qué *won't somebody come take me home?*

En la habitación cubierta de estrellas en el techo, el azotón de la puerta no detuvo a Iñaki. Soltó una carcajada ruidosa como la de una hiena que no para de reír hasta que le duele el estómago, celebrando su victoria. Con un ademán brusco, empezó a esparcir el resto de los chetos sobre la mesita de noche junto al escritorio; rellenó con ese color naranja todo el suelo azul del cuarto de Joss. Uno de ellos, repleto de chamoy espeso, voló directo hacia el rostro de él, pasándole la piel y dejando un rastro rojo y denso que comenzó a escurrir lento por su mejilla.

¿Acaso era sangre o por qué le dolió a Joss? El líquido parecía una herida recién abierta que brotaba del silencio de sus manos. Ron se quedó helado en el puff morado. Joss se llevó los dedos a la cara, sintiendo la viscosidad ácida del chamoy, y al ver el color rojo en sus yemas, algo en su interior se rompió.

Joss no lo pensó. La furia contenida de meses —las órdenes y humillaciones de Iñaki; su propia debilidad, el callar, guardarse todo sin objeciones, siempre a voluntad del chico de los chetos sin decir ni un pero— y la culpa de haber dejado ir a Cian estallaron en sus tejidos. Se impulsó desde el escritorio y le rompió la cara a Iñaki con un golpe seco, un golpe con el puño lleno de rabia que resonó en las cuatro paredes y mandó al chico directo al suelo, encima de los chetos aplastados.

Iñaki se quedó ahí, quejándose, con los ojos abiertos por la sorpresa y el miedo, mientras el chamoy de su propia mejilla se mezclaba con la rojez del golpe. Ron, pálido y sin decir una sola palabra, soltó el *joystick*, ayudó a levantar a su amigo del piso y se lo llevó arrastrando, saliendo del cuarto a toda prisa como si huyeran de un incendio.

Joss ni siquiera les prestó atención. Corrió hacia el jardín cubierto de dalias, lirios y hortensias, deteniendo la puerta antes del golpe, para dejar que el viento helado y las gotas de lluvia le pegaran en el torso. Limpió el rastro ácido de su mejilla con la manga y clavó la mirada en la calle, llena de cables de luz, postes chuecos, perros en busca de refugio y algunas personas con sombrillas. A lo lejos, bajo el cielo gris y lloroso, reconoció la silueta negra de Cian; se deslizaba sobre la patineta, perdiendo su forma entre los autos y los charcos, convirtiéndose en un punto insignificante y diminuto. Un pequeño oso de peluche que se desvanecía a tres, cuatro, cinco cuadras, rompiéndole el latido a Joss con la certeza de que lo había perdido.

It's a damn cold night. Me mareé un poco. El sonido de las llantas mojadas se volvió tan fuerte y ensordecedor que me obligó a parar. Me detuve de golpe; quería detener todo, detener el silencio de mis pensamientos inflamados, la canción de Avril que era un *loop* interminable y no me dejaba pensar con claridad. Se repetía una y otra vez, incluso si reproducía otra canción o daba *skip* para poner la siguiente.

Me quité los auriculares y me tallé los ojos. Cuando todo se volvió nítido, vi que el color de rojo anaranjado del chamoy se había vuelto más grande, casi como si fuese sangre real. El agua de la tormenta, en lugar de despintar la mancha, parecía estar alimentándola; el rojo se tragaba el lienzo blanco del suéter.

¿Es acaso esto lo que sintió Lizzie? Dolor, miedo, pánico de unos dedos que no saben quitar el rojo de la piel. Me llevé las manos al cuello del suéter con desesperación, intentando jalar el tejido para despojarme de él de una vez por todas, pero el aire se me empezó a escapar del pecho al pensar en ella. En su sombra violácea que faltaba hace tres semanas, en su cuenta borrada y las pulseras arcoíris que compartimos, que nos unían… Recordé cómo Iñaki la fue rompiendo poco a poco, con sus comentarios de mierda, con la boca llena de saliva amarga. La culpa me golpeó directo en el estómago: yo no estuve ahí para ella. Me quedé callado, igual que Joss.

Trataba de zafar la cabeza de la prenda, pero fue inútil; me di cuenta de que ya no podía quitármela. Era como si el hilo y la tela se estuvieran cosiendo directamente a mi propia piel bajo la chamarra. Al bajar la mirada con desesperación, noté cómo esa mancha roja, que ya no tenía nada de naranja, comenzaba a esparcirse y a adherirse por completo a mi cuerpo, devorando mi carne, volviéndose parte de mí. La patineta siguió avanzando casi por inercia, llevándome lejos de las luces de la avenida hasta arrastrarme hacia la boca oscura de un puente. Ahí abajo el agua de la tormenta ya no me tocaba, pero el aire se sentía más pesado, atrapado entre muros de concreto gris cubiertos de grafitis y frases llenas de sexo. El shuashhhhh de las ruedas cesó de golpe cuando la tabla topó contra una banqueta cubierta con restos de envoltorios y latas de refresco. Salió disparada hacia un charco de aceite negro y entre las ruedas también se llevó mi pulsera.

Me detuve contra la pared. El frío ya no me calaba; el calor viscoso que brotaba del suéter cosido a mi carne empezó a quemarme por dentro, exigiendo espacio, uno grande y abierto. Intenté dar un paso, pero mis extremidades no respondieron. Era un espanto de carne y hueso, una contracción violenta que me obligó a doblar las rodillas y caer de piernas abiertas sobre el suelo húmedo, con la espalda pegada al concreto tibio. Mis propios músculos empezaron a doblarse, a tirar de mis hombros hacia el centro de mi pecho, obligándome a retorcerme en una postura fetal y distorsionada. La chamarra negra y la tela roja se fusionaron en un pedazo de carne viva que latía y, con cada latido, empezaba a borrar los contornos de mis brazos, hundiéndome

en esa masa que giraba al ritmo de los coches que cruzaban rugiendo por encima del puente.

Los rugidos nunca se detienen, pero el sonido que verdaderamente fracturó el esqueleto del silencio, el silencio del puente, fue un sonido apresurado que golpeaba el concreto húmedo. Eran unos tenis. Unos Converse negros que Cian reconoció en sus latidos de inmediato, los mismos que Joss se amarraba con fuerza cuando necesitaba correr más rápido para escapar del mundo. Siguiendo su instinto ciego, Joss bajó corriendo hacia la boca oscura del paso a desnivel, con los pulmones ardiendo por la tormenta y el pecho lleno de culpa. Quería a Pablo, pero nunca lo había querido tanto como lo quería a él. Porque esos ojos de mapache siempre estaban y los de Pablo no.

A mitad del suelo sucio, entre las envolturas aplastadas y los restos de basura, la mirada de Joss se clavó en un destello de colores: la pulsera arcoíris que compartían Cian y Lizzie, ahora rota sobre un charco de aceite negro. Joss se abrió paso con desesperación, levantando la vista hacia la penumbra del puente hasta que lo encontró. Ahí estaba Cian, con las piernas abiertas, transmutado en esa masa de carne latente que respiraba con un ritmo lento y doloroso. Joss ni siquiera gritó. No sintió asco o miedo en sus ojos, solo una profunda calma nerviosa. Con las manos temblorosas, comenzó a quitarse las prendas empapadas, arrojándolas a la banqueta mugrosa. Quería formar un vínculo real, habitar su mundo y entregarse por completo a esa extrañeza. Y así, desnudando su alma antes que el cuerpo, Joss entró en él a su manera, rompiendo el clóset y las cavidades de Cian, para fusionarse en un solo latido. Cuando Joss eyaculó sobre Cian, se volvieron una sola carne, un gusano pegado al puente que se alimentaba de la lluvia. Libre, expuesto en la oscuridad, donde seguimos ocultos.



Tierra sin flores

Esa noche, La Minerva de Guadalajara estaba repleta de sonidos: gritos, sudor, hombres lanzando espuma, jugando a la semana inglesa, lenguas enredadas unas a otras con las gargantas afónicas y lágrimas eufóricas por el marcador: 2-0, México vs. Ecuador. Y mientras el país entero celebraba, las coladeras de la ciudad temblaron; se movieron hasta que explotaron y las tapas se levantaron. Por unos breves segundos el sonido paró. Todo el ruido se detuvo en los dedos de los aficionados. Los reporteros enfocaron las cámaras a las calles y publicaron en redes sociales: *Coladeras vivas. Encuentro de aficionados termina con las tapas en el cielo. ¿Y si sí…? ¿Hay algún dios muerto que se manifiesta?*

El mar de personas dejó de mirar la pantalla, las familias más cercanas salieron de sus casas y los curiosos se acercaron como si hubiese un fuego radiante que les enseñara algo. Pronto el silencio se rompió y se transformó en ojos abiertos: los noticieros de la Ciudad de México mostraron cómo de un agujero subterráneo salió Ociel Baena, Le Magistrade, con la sonrisa intacta y los ojos llenos de brillo; junto a elle, personas con la leyenda en sus prendas: LA DIVERSIDAD TAMBIÉN DESAPARECE. En Guadalajara, salieron de la oscuridad Kenia Duarte y Karla García al frente, mujeres trans desaparecidas, y 16 170 personas detrás de ellas que se balanceaban lentamente. En Monterrey, Silvana Espinoza, Ángel Garza, Aaron Alexis Esparza, junto a un grupo de fantasmas con las manos temblorosas y unos ojos llenos de luz.

Los periodistas estaban conmocionados; apuntaban a las alcantarillas. Salían y salían miles de rostros, con el cabello intacto y con las mismas prendas del día que dejaron de existir. Los padres lloraban con las manos en el corazón, aullaban, se persignaban tres veces, se retorcían en carcajadas y llanto; les ofrecían comida a los niños, chicos, adultos, y luego mantas. Todos regresaban a sus casas, después de tanto tiempo que se sintió como una eternidad en los pulmones.

Arrancaron los carteles de los postes, de los locales, del cuerpo del país. Los aficionados seguían con las bocas abiertas, eufóricos con la victoria enterrada en las venas y sorprendidos con la avalancha de los

zombies que regresaban sin parar. Era como si esos túneles bajo la tierra dieran a luz a todo eso que dolía.

La lluvia pronto abrazó a México. La Minerva, el Ángel de la Independencia y la fuente de Neptuno; todos los sitios estaban llenos de fuego en los pechos y gritaban de la emoción. La noticia se volvió tendencia mundial y la prensa no se hizo esperar. En Argentina, *Infobae* lanzó una nota: LOS CHICOS QUE VUELVEN; en Colombia, *El Tiempo* publicó: EL RETORNO DE LOS QUE YA NO TENÍAN VOZ; *The New York Times* cabeceó: THE RETURN: THE VOICES WE THOUGHT WE'D LOST; *Naver* destacó en Corea del Sur: REGRESO DEL SILENCIO: LA GENTE RECUPERÓ SU VOZ; en Japón, *The Asahi Shimbun* publicó en su edición global: LOS SUSURROS QUE VUELVEN DE LA OSCURIDAD.

Pasaron tres días. Al principio fue un alivio; su regreso significaba tranquilidad para los corazones atados al tiempo. Las lágrimas se apagaban tras olvidar que se habían detenido sus rostros y sus edades en un trozo de papel. Las súplicas a Dios o a quien sea que los escuchara habían cesado. El mundo estaba agradecido, con los bronquios inflamados de testimonios en la TV y las redes sociales.

Las mesas estaban cubiertas de olores: pan, ajo, salsa, jugo, carne, pasta; toda clase de guisos, sabores y consistencias. Las madres preparaban hasta el cansancio y servían los platos humeantes. Danzaban con las manos temblorosas, sintiendo la urgencia de dar ese amor que creyeron perdido. Sin embargo…, nada surtía efecto; el vapor solo golpeaba los rostros. No comían. No dormían. Ni siquiera parpadeaban. El diafragma no se inflaba al respirar; ellos simplemente estaban ahí, sentados como figuras de arcilla. Si algún padre intentaba acariciar su rostro o tomar sus manos, encontraba solo frío.

Aun así, las sonrisas no dejaban de iluminar las casas, pero pronto las familias notaron que algo no iba bien. Esos cuerpos que volvieron no eran los suyos, o al menos eso decían los testimonios en pódcast, entrevistas y TikTok. Solo miraban el suelo. Y el silencio de esos cuerpos era ensordecedor.

Por las noches, en las alcobas, la piel de los que regresaron empezó a agrietarse como una tierra sin flores; se desprendía poco a poco. En-

tonces venían coros: miles de coordenadas geográficas pronunciadas al mismo tiempo por una sola voz idéntica que no paraba hasta el amanecer. Las casas se llenaron de gritos que los noticieros ya no se atrevieron a transmitir; las prensas internacionales también se quedaron mudas. Nadie decía nada.

Lo peor vino después, cuando intentaron callar por la fuerza los cantos nocturnos. Algunos hombres tomaron armas, cuerdas y mantas, pero nada surtió efecto. Las madres, ahogadas en lágrimas, abrazaron los cuerpos de sus hijos, pero estos hicieron *boom* al instante, estallando en una masa húmeda. El horror terminó de quebrar la cordura cuando la carne desprendida comenzó a moverse. Los fragmentos se arrastraban por el suelo como gusanos, saliendo de las casas hacia la noche de la ciudad, buscándose unos a otros en la oscuridad para apilarse en montones, calle tras calle, los restos de lo que alguna vez amaron.

A la mañana siguiente, el miedo se adueñó de los rincones. Las montañas de carne podrida cubrieron los monumentos del país y la hermosa Guadalajara se convirtió en una fosa común a cielo abierto. En las pantallas rotas de los bares de La Minerva, El Ángel y Neptuno el marcador todavía brillaba en el fondo: México 2, Ecuador 0. Al menos ganamos.



Janette Aguilar Luévano

Preparatoria 15

¿Cómo terminar tu matrimonio sin ir a la cárcel?

Yo creo que todo buen cónyuge se ha hecho esa pregunta al menos una, dos o tres veces en algún momento en su vida de casados. No necesariamente en los momentos de infidelidad o fraude, que por lo general suelen destrozar la confianza y la vida en pareja en un solo instante. No. Me refiero a esos momentos donde ves los estados bancarios señalando compras impulsivas de algún producto basura, cuando te toca hacer las tareas domésticas que solicitaste en reiteradas ocasiones; cuando terminas preparando tu propia comida luego de lidiar con un largo día en el trabajo, mientras observas a tu pareja relajarse en redes sociales. O cuando recibes reclamos al apenas sentarte o llegar a casa. Si vas seguido con los familiares o amigos de tu supuesto "amor", puede que incluso te lo preguntes más veces en la misma semana. Y si no, o bien son mejores personas que la mayoría de la gente, o seguramente serán mis próximos compañeros de celda.

Para ser honestos, jamás pensé hacerme esa pregunta hasta que estaba en prisión preventiva, esperando ser condenado por crímenes que obviamente no cometí, pero estoy seguro de que nadie, absolutamente nadie que me escuche o lea, va a creerme realmente, en especial si mi única defensa es que solo quería alejarme de mi mujer. Supongo que, de algún modo, conseguí mi objetivo, aunque creo firmemente que encerrarme en una celda fue llevar las cosas demasiado lejos. Y tal vez, solo tal vez, viéndolo en retrospectiva, un divorcio ya no suena tan malo, al menos no comparado con pasar el resto de mi corta o larga vida en la cárcel. De igual manera, me tocará pagarle a alguien los costos legales de la separación y preparar mi defensa.

Antes de que empiecen los juicios sociales, que suelen ser igual o más devastadores que los legales, déjenme aclarar algunas cosas. Se sabe bien que la terapia no siempre funciona, por lo que perder el tiempo de Martha y el mío dos veces por semana, martes y jueves en sesiones de hora y media, no habría tenido mucho sentido dada la aspereza de nuestra relación. Por otro lado, el divorcio no se veía tentador, considerando lo costosos y escandalosos que suelen ser para cada una de las partes. Aunque si hablamos de fama, creo que ahora puedo considerarme una celebridad en los medios internacionales, aunque dudo que me den regalías por usar mi imagen y nombre. En especial cuando viene acompañado de encabezados y titulares amarillistas, como si fuera un asesino serial de esposas cuando, en primer lugar, solo estuve casado una sola vez y, en segundo lugar, la muerte de mi esposa no es, hasta el momento, un hecho comprobable.

Yo, Daniel Mendoza Juárez, mejor conocido como "El asesino de esposas", estoy siendo acusado de al menos 7 tipos de delitos diferentes que van desde la desaparición de Martha Rosalía Cárdenas Fuentes, obstrucción de la justicia, negligencia criminal y hasta maltrato animal. Este último fue agregado, debido a que al momento de mi detención volcaron el plato de agua de nuestro gato en conjunto y luego me acusaron de negligencia, ya que, de tener más agua a su alcance, no hubiera importado que volcaran uno o dos trastos, según el agente del Ministerio. Supongo que, cuanta más fortuna tienes, más son las demandas y delitos que se te imputan.

A estas alturas, ya debería estar acostumbrado a lidiar con cargos y cuentas fantasmas que solo drenan la cuenta bancaria. Sé bien lo que es pagar impuestos. Y ni hablar de las multas y revisiones fiscales con las que se lidia mes con mes. No obstante, debo confesar que de los únicos delitos de los que me declaro culpable y estoy dispuesto a pagar son los siguientes:

1. Casarme con mi mujer sin haber leído todas las cláusulas del acuerdo prenupcial.
2. Tratar de sobornar a mi abogado para modificar dicho acuerdo meses después.
3. Seguir ciegamente las instrucciones de un sitio web.

Este último es el que terminó de hundir mi carrera como empresario, todavía más que los escándalos e historial de compras de Martha. Debí suponer que cualquier persona que realicé cualquier búsqueda en el navegador tratando de terminar su matrimonio y evadir las responsabilidades que este mismo conlleva es cuando menos sospechoso. Sin embargo, tras fatiga de años de arduo trabajo, y de mantener a una mujer cuyo único pasatiempo parece ser gastar dinero ajeno, se suele recurrir a medidas desesperadas. En mi caso fue seguir un tutorial en una página de dudosa procedencia que explicaba paso a paso cómo hacer que tu mujer te pida el divorcio, o mejor aún, simplemente desaparezca de tu vida. Esto último resultó ser demasiado literal.

Había decidido arriesgarme hace apenas unos dos meses antes de estar aquí a poner en práctica los consejos que mencionaba el sitio, mismos que abordaban distintas temáticas, como el desvío de fondos para simular una bancarrota, las llegadas tarde, los cambios de carácter. Incluso recomendaban tener un lugar alejado de todos, como una cabaña en un bosque o en una zona distante de la ciudad, para tener unos momentos de paz lejos del cónyuge. Explicaban paso a paso cómo se debía contar solamente con lo necesario, pues sobrellenar el lugar podría poner en duda los planes iniciales con ideas falsas de infidelidad.

Es justamente por eso que, tras hacer algunos encargos en línea, llené el lugar con objetos que no levantarán tanta sospecha de mis planes iniciales como equipos de jardinería, los cuales Martha "me obligaría" a devolver por ser muy feos y toscos para su pasatiempo. Equipo de reparación y limpieza para el cuidado del hogar. Algunas herramientas, y creo haber pedido también equipo de caza "solo por si acaso". Objetos que, en retrospectiva, generan la imagen equivocada de lo que intentaba transmitir. Nota mental: cuiden el historial de búsqueda y compras.

La idea era que mi mujer pensara que estaba perdiendo la razón a causa de un fingido trastorno mental. Uno que me hacía irritable y voluble. El mismo por el cual tuve que montar "numeritos" y "escenas" tanto en casa como con la familia. Inclusive, para hacer la actuación más convincente, fingí tener crisis en el trabajo y con los colegas. Perdí

algunas juntas y un ascenso, pero realmente pensaba en la cláusula DXVII del contrato, misma que afirmaba que el cónyuge que solicite el divorcio deberá proporcionar a su pareja una compensación monetaria mensual equivalente a su sueldo actual, proporcional al tiempo que hayan permanecido casados. Asimismo, deberá incluir los futuros bonos y ascensos que reciba. Además, el cónyuge que no solicite el divorcio tendrá derecho a la propiedad exclusiva de todos los bienes adquiridos antes y durante el matrimonio.

Por supuesto, había más cláusulas en caso de tener descendientes, lo cual, afortunada o desafortunadamente, no fue el caso, así como un sinfín de pormenores legales que firmé en su debido momento. Siendo justos, ningún hombre que acepta voluntariamente unirse en matrimonio tiene en su mente la posibilidad de querer separarse de su pareja. Y mucho menos cuando esta misma está clasificada como una de las mujeres más hermosas de los últimos tiempos, al menos a sus ojos, y en el caso de Martha, en los de las revistas de sociedad. También era constante. Persistente. Sabía exactamente lo que quería. Tal vez ese fue el problema.

La idea de perderlo todo, *todo* y más ante ella, era desesperanzadora. Es por eso que encontrar aquel sitio web se sintió como un salvavidas en medio del mar… Nunca pensé que eso mismo me arrastraría a los tiburones. Y mientras divago sobre mi futura sentencia, observando a los oficiales hablar de los bienes incautados, no puedo hacer otra cosa más que reflexionar sobre mi vida y el cómo terminé aquí. Creo que escuché un rumor de que me esperan de 40 años a cadena perpetua en prisión. Mientras los oficiales obtendrán un bono por mi detención en tiempo récord.

—No necesitamos pruebas ni un cuerpo —dijo uno de ellos—. Todo está en su computadora.

A estas alturas, no estoy del todo convencido de si el divorcio habría sido mejor. Al menos en este lugar tengo una vivienda asegurada, comida constante y la posibilidad de trabajar arduamente para tener lo propio, sin que pase a manos de quien sigue siendo mi mujer.

¿Quién iba a pensar que, en otra ciudad muy escondida, Martha Rosalía Cárdenas Fuentes se encontraba sosteniendo su computadora

repasando los pasos en un sitio web, mismos que indican paso a paso cómo dejar a un cónyuge con una enfermedad mental? Siendo la primera respuesta devastadora: “Escapa de tu relación. Sin excusas. Solo vete.”



Jéssica Nataly Jiménez Flores

Preparatoria Regional de El Salto

¿Y si sí?

4-3-3, conocida formación táctica que se compone de 4 defensas, 3 centros y 3 delanteros. Entre las cualidades de quienes ocuparán estas posiciones el día de hoy, se escucha decir que se cuenta con elementos valientes, perseverantes, con una determinación inquebrantable; en pocas palabras, sin miedo a nada. No podemos pedir menos para quienes portarán las casacas de quienes saltarán al campo en la contienda de hoy. En la defensa: Sánchez, Montes, Vásquez y Gallardo; un mediocampo con Mora, Lira y Romo, dejando en la delantera a Alvarado, Jiménez y Quiñones. He aquí nuestras guerreras. Ellas son Lucy Sánchez, Alma Rosa Montes, Carmela Vázquez, Blanca Gallardo, Sonia Mora, Martha Lira, Rosalía Romo, Patricia Alvarado, Trinidad Jiménez y Martha Quiñones, madres buscadoras que hacen la formación táctica perfecta para saltar al campo lleno de fosas clandestinas donde el día de hoy, como cada día, buscarán los restos de sus seres queridos que fueron arrebatados por la impunidad, la indiferencia, la falta de justicia y la corrupción que está tragando a esta nación TRIcolor. Son ellas el equipo inquebrantable que sabe perfectamente que no se les va a apoyar, que las trabas burocráticas no cesarán, que las amenazas no dejarán de llegar, pero ellas, al igual que todos nosotros en este mundial 2026, se preguntan: "¿Y si sí?".



Ricardo Tonathiu Figueroa López

Preparatoria de Tlaquepaque

Fuera de juego

La mirada cansada de don Timo se detuvo en un cartel futbolero de un tablón de avisos del mercado. El mismo cartel lo había visto hacía ya un mes por todos lados, sin ninguna variante, salvo por el tamaño. Tenía el diseño aprendido porque lo encontraba en toda clase de publicidad e impreso en los productos que consumía todos los días. ¿Sería posible que alguien en la ciudad desconociera que estaba llevándose a cabo uno de los eventos más concurridos del mundo? Hasta las personas menos interesadas en el futbol debían saberlo por la publicidad, que no escapaba de nada ni de nadie.

La ciudad entera parecía otra; la vida de todos giraba en torno al mundial de futbol: había que modificar rutas de circulación, anticiparse para moverse de un punto a otro, comprar una playera del equipo nacional a como diera lugar… Aunque la vida en la ciudad seguía su curso, parecían haber cambiado las formas. El evento deportivo consiguió con tal impacto lo que nadie hasta el momento había logrado. Todos en la ciudad tenían consciencia de lo que estaba pasando: fanáticos y no fanáticos.

En casa de don Timo también llegó a haber uniformes deportivos. A su hijo Pepe le llegó la curiosidad por el futbol luego de que, en una clase de Educación Física, su profesor les explicara las reglas del juego y les hiciera competir por puntos extra. Para un niño tímido como lo había sido Pepe en sus años de educación primaria, las primeras interacciones con chicos nuevos resultaban difíciles, pero luego estaba Emiliano, un líder nato que de inmediato acercó a los compañeros de su alrededor, los organizó en un equipo y les indicó qué haría cada uno. La amistad entre ellos fue importante a partir de entonces porque

Emiliano siempre fue muy cercano a los demás chicos, tenía facilidad de palabra y siempre era atento con todos.

—¿Le da permiso a Pepe de apuntarse a las clases de futbol, don Timo? —vino una tarde a preguntarle Emiliano—. Lo necesitamos para ajustar el equipo porque, si no, no podemos jugar.

Pepe estaba parado detrás de su amigo, con las manos por detrás de la espalda y la mirada baja.

—¿Tú quieres jugar, hijo? —preguntó don Timo para luego recibir una lenta afirmación con la cabeza por parte de su hijo—. Pues no se diga más, te apuntamos. ¿Pero por qué no me habías dicho antes que querías ir a esas clases, si desde la semana pasada me dijiste que iban a empezar un equipo?

Solo días después, don Timo se enteró de que si Pepe dejó pasar los días fue porque no se atrevía a pedir dinero para gastos de las clases y los uniformes, porque era consciente de que la familia estaba pasando por una mala racha; don Timo había sido despedido de su empleo de años y ahora probaba con diferentes oficios.

Únicamente se animó Pepe a pedir el permiso porque el don de convencimiento de Emiliano era casi infalible.

"Mi Pepe, siempre tan buen muchacho", pensó don Timo apretando los dientes y conteniendo un llanto repentino. Dudó entre acercarse al cartel de futbol o irse de largo. Apretó con fuerza los puños, que sostenían bolsas con limones y rábanos, y avanzó por los concurridos pasillos del mercado hasta un puesto de cebollas blancas.

Con el tiempo aprendió a escoger las mejores verduras. Se dio cuenta de que no es tan simple como ponerlas en una bolsa. Su esposa lo regañaba cuando hacían la compra juntos en el tianguis del pueblo. "¡Es que tienes que fijarte! Esta aguanta más y esta ya está toda golpeada, fíjate", le decía, pero ¿cómo iba él a saber distinguir cebollas o cualquier otro fruto si era ella a quien le correspondía escoger y preparar? Antes de ella, cuando él vivía en casa de sus padres, su mamá había sido la encargada de la cocina y nunca fue parte del protocolo que alguno de sus hijos varones se inmiscuyera en la bolsa del mandado y la estufa.

Fue una de las peores noches que pasó en la ciudad cuando la idea de emprender un negocio propio le pareció menos descabellada que

antes. A final de cuentas ya tenía tiempo haciendo cosas que nunca pensó hacer. Dejar su lugar seguro, por ejemplo, para adentrarse en un mundo prácticamente desconocido. A la ciudad no venía más que para citas médicas con especialistas que no había en el pueblo, pero nunca andaba solo: un autobús los traía y regresaba al pueblo con todos los pacientes juntos. Quizá venía a hacer alguna compra, pero siempre acompañado por su compadre, que tenía tiempo yendo y viniendo entre la ciudad y el pueblo y nunca se separaba de él.

La señora Raquel tenía un puesto de quesadillas que todas las noches montaba y desmontaba. Don Timo no regateó ni descompletó, pero era la tercera noche seguida que pedía solo una quesadilla simple. Luego de servírsela, ella lo invitó a sentarse cerca del comal donde estaba trabajando y le sacó plática. Que de dónde venía, que dónde se estaba quedando, que a qué se dedicaba. Poca información le sacó esa noche, pero, intuitiva, como solía presumirse a sí misma, sabía que algo andaba mal. Antes de que terminara su quesadilla, ella ya le había puesto otra en el plato.

—Nada más pedí una —soltó don Timo un tanto preocupado porque sabía que su economía era escasa.

—Cómase otra. Va por mi cuenta. Esta lleva deshebrada, a ver qué le parece.

Tiempo después fue ella quien le propuso asociarse.

—Por esta calle no hay quien venda tacos y yo, la verdad, no me animo —le dijo—, ¿pero qué le parece si pone usted su parrilla aquí junto a mi comal? Así los dos nos ayudamos: usted ya tiene un trabajo seguro y yo le quito el pendiente a mi marido, que no le gusta que venda sola de noche porque es peligroso.

Para entonces, don Timo llevaba casi dos años viviendo en la ciudad, en un cuarto prestado por el compadre y trabajando como empleado de soldador, de técnico mecánico o de lo que se pudiera. Duraba poco tiempo en cada empleo porque sus actividades en el colectivo a veces lo llamaban más tiempo del esperado y terminaba por faltar constantemente.

Por la calle, fuera del mercado, pasó una porra haciendo ruido, gritando con orgullo nacionalista en favor de la selección local. En

ese momento, don Timo se sintió irritado por la euforia colectiva. Pero no siempre se sintió así por las celebraciones futboleras. Cuando Pepe terminó la secundaria ya era un experto en futbol. Ese verano antes de ingresar a la preparatoria, llegaron él, Emiliano y todo el equipo haciendo ruido con matracas, cornetas y muchos gritos de entusiasmo.

Habían ganado el campeonato local y tenían el pase para jugar en la etapa estatal.

Esa tarde se reunieron todos a comer en casa de Pepe porque tenía un patio amplio, ideal para una carne asada con todo el equipo. Incluso vinieron los padres de algunos de los muchachos a convivir y celebrar. En casa de don Timo todo mundo era bienvenido y la amistad, aunque no fuera muy cercana, se valoraba.

Quizá, pensando en esos gestos de amistad, es que don Timo no podía explicarse por qué nadie lo siguió cuando quiso ir detrás de los chicos. Ya no valían entonces los discursos sobre la unidad y sobre que el equipo no solo eran los chicos que jugaban, sino también todas las familias que lo sostenían. En aquel momento sintió que no contaba con todas las personas con quienes brindó por los goles de los muchachos.

Soltó sobresaltado la bolsa de rábanos cuando alguien gritó casi junto a su oreja un "¡Viva México!" que lo sacó del recuento de historias que ya parecían pertenecer a otra vida. No la levantó de inmediato. Contempló los tres rábanos que salieron de la bolsa y pensó que, efectivamente, aquella era otra vida; una en la que no sabía escoger verduras, mucho menos guisar un trozo de carne; una vida en la que la distancia más grande se cruzaba a pie en 20 minutos y donde no existían las escaleras eléctricas para llegar a los pasillos de condimentos, que tampoco sabía comprar (¿por qué sabría entonces la diferencia entre la pimienta y el pimentón?).

—Ya no puedo, Timo —lloró su esposa cuando lo vio tan decidido a dejarlo todo—. Se ha hecho todo lo que se ha podido. No podemos dejar que nuestras vidas se detengan si ese calvario nos tocaba cruzar. Ya suéltalo.

Y sí, don Timo dudó. Él no sabía vivir en la ciudad solo. Hasta entonces había tenido ayuda, aunque fuera mínima (casi siempre fue

mínima). Nadie quería seguirlo fuera del pueblo porque un lugar tan grande los asustaba. Ni siquiera a su esposa pudo convencer bajo el argumento del *amor de madre*, y solo los padres de Emiliano lo acompañaron una temporada corta.

—Si eso les pasó a ellos, que sabían a lo que iban y que, aunque fuera por sus competencias de futbol, iban de vez en cuando para allá, ¿qué nos espera a nosotros que nunca vamos ni conocemos? —Se defendía la gente cuando don Timo, en el colmo de su impotencia, insistía—. Deja que la policía haga su trabajo, no nos vaya a salir más caro andarnos metiendo en lo que no.

La gente iba y venía rápidamente por los pasillos del mercado, sin hacer caso a los rábanos que rodaron por el suelo. Sin hacer caso a algo más allá del asunto propio. Don Timo recogió su bolsa y pagó las ramas de cilantro que acababan de empaquetarle. Con eso terminó la compra. No necesitaba tanto porque en casa tenía ingredientes suficientes. Salir al mercado más bien fue un pretexto para salir a no pensar.

A veces necesitaba no pensar para no acordarse de lo que había sido su vida y ya no: la esposa que se quedó en el pueblo al que no había regresado en ocho años porque se prometió no hacerlo sin su hijo, la casa que construyó desde el principio para unos hijos que no volvían de Estados Unidos y cuya forma de estar cerca era mandar dinero norteamericano y hacer preguntas superficiales sobre la salud de don Timo. Ya ni siquiera preguntaban por su hermano menor.

Por eso la amistad con Emiliano había sido tan importante para Pepe y por eso don Timo la veía con tanto gusto, porque su amigo era como un hermano. Por eso, aunque dudó cuando Emiliano y Pepe dijeron que querían presentarse a una entrevista de trabajo en la ciudad, pensó que nada podría pasar si al final ambos se cuidaban como siempre hacían. A esas alturas de la vida de Pepe, él había convivido tan de cerca con su amigo que los padres de ambos confiaban en el otro.

—Ándele, don Timo —insistía Emiliano—, denos chance de ir. Yo cuido al Pepe, se lo prometo. Es que, si conseguimos el trabajo, la vamos a tener más fácil ahora que vamos a la universidad allá.

La idea era aportar para los gastos entre los dos amigos para pagar una habitación compartida y hacer gastar menos a sus familias,

trabajar tres días a la semana y tener los fines de semana disponibles para volver al pueblo. Les quedarían, además, dos días para entrenar futbol en un equipo dentro de la ciudad para seguir jugando, como les gustaba. No parecía ser una mala idea.

A Emiliano lo encontraron pocos días después. No pudo aportar mucho sobre lo que pasó porque todo fue muy rápido; pudo escapar pero no supo más de su amigo.

También buscó a Pepe un buen tiempo, pero procuró hacerlo por su cuenta porque, aunque don Timo nunca le reprochó nada, sentía culpa al ver a los ojos al papá de su amigo.

Doña Raquel y don Timo tenían ahora un local compartido con el que él sustentaba su nueva vida mientras seguía buscando a su hijo.

—No te preocupes, Timo —le decía cuando él no encontraba palabras para pedir retirarse a otra jornada comunitaria de búsqueda en otro lugar solitario de la ciudad—, tú vete, yo me encargo del local, ya ves que mi hijo nos echa la mano cuando se nos junta la gente.

Y él se iba a otra labor de búsqueda. Al principio sentía pesar y procuraba andar por su cuenta, pero más de alguna de las personas del colectivo con quienes empezó a apoyarse le recordó que la comunidad estaba para la ayuda de todos.

Muchas veces se preguntó si todo el trabajo invertido valdría la pena, si alguien se detenía a ver las fichas de búsqueda de las personas que buscaban. Se preguntaba si alguna vez la gente le pondría a su búsqueda una fracción de la atención que ponían a la Copa del Mundo.

Cuando salía del mercado, volvió a pasar por el tablón donde estaba el afiche de futbol. Esta vez se acercó y lo quitó del tablón. El nudo en la garganta volvió a hacérsele y dejó de intentar contener el llanto. La ficha de búsqueda de Pepe estaba ahí. Ni siquiera la habían mirado para quitarla antes de pegar el cartel publicitario.



Miguel Ángel Galindo Núñez

Preparatoria 8

Los últimos cigarros

Durante 23 años celebré —sin saberlo— el día exacto de mi muerte sin saber que, cuando cumpliera 24, las cosas cambiarían. Incluso hoy, a un año del accidente, no sé cuándo ascenderemos o cuánto tardarán allá abajo en encontrarnos.

Mientras, aquí seguiremos: viendo entrar y salir a la gente de esta habitación. Si bien fue nuestra culpa, este año encerrados ha sido fatigante. No sé si lo que ocurre en los moteles no es visto por Dios, o si es que, al estar tanto tiempo en el pecado, Satanás dejó de espiar entre las sábanas.

Nos descubrieron hasta después de seis horas: yo hinchado de agua y Mary con la nariz metida en el cráneo. Accidentes que pasan al resbalarse en cualquier motel de av. Corrientes. Pensamos que nos daría una decencia mínima; pero no, la encargada del lugar le pidió a un amigo suyo que nos sacaran en un anonimato total. Nosotros seguíamos esperando una santa sepultura; aunque —a estas alturas— lo que hicieran con nuestros cuerpos seguramente ya ni importa.

Estamos hartos.

Mary sigue molesta conmigo, ¿cómo no? Era mi cumpleaños, por lo que vinimos aquí. Pero también porque se me ocurrió reclamar —ya muerto— que nunca me pasó nada con mi ex. Eso la hizo enojar, porque a Jacinta la conocí justamente en el cumpleaños de Mary y cuando llevábamos un mes de novios.

Esta espera sin destino me está cansando. De no ser por nuestras constantes peleas, este limbo de motel habría sido gozoso. Aparentemente, debo permanecer desnudo toda la eternidad, así morí; mientras

que Mary sigue descalza, con sus jeans deshilachados y el brasier mal acomodado por más que se lo suba de nuevo.

—Dios se olvidó de nosotros —me dijo hoy tras su silencio de días.

—Ni siquiera le importamos.

—Al menos yo tengo ropa… Mira a esos dos: ¿crees que cogerían igual si supieran que aquí se murió alguien? —hizo una pausa para suspirar con hastío.

—A lo mejor eso les excita —bromeé.

—Pero a ella le daría asco o miedo…

—Hay gente muy rara en el mundo.

El ruidoso orgasmo del hombre nos hizo mirar hacia ellos: por morbo o por asco.

—Mmhh… —señaló María—. Ya acabaron; seguro no sabe que la vieja está insatisfecha.

—¿Crees que si alguien más se muere aquí nos haga compañía?

—Como que qué asco, ¿no? Si fuera un pervertido, o un viejito todo horrible.

—Pues sí…

—¿Sabes? —me miró condescendiente—, te quería dejar. Después de coger, te iba a botar.

—¿En mi cumpleaños? —respondí sorprendido.

—Pero ya ves: una se muere y valen madre las cosas.

El vivo encendió un cigarrillo y se metió a bañar.

María se rió con un bufido:

—Ella no va a querer, a las mujeres así no les gustan los baños de motel. Pero ¿sabes, Daniel? —Se acomodó de nuevo el brasier—. Ya muerto me caes mejor. No eres tan aburrido como este cuarto. Creo que sí te puedo querer…, tenemos tiempo para eso.

—Gracias…, creo.

La pareja sale de la habitación olvidando cerrar la puerta.

—Oye, mira —señala la mesa de noche—. Dejaron el cigarro encendido.

—¿Y eso qué? ¿Nos vamos a morir quemados también?

—No seas pendejo. —Saca de su bolsillo una cajetilla de cigarros—. Los tenía cuando… bueno, cuando… —Señala con un gesto.

—¿Y crees que puedas?

Con la agónica chispa de la mesa de noche, logra encender uno de sus últimos cigarros. Se queda de pie a mi lado. Con añoranza veo el estacionamiento a través de la puerta abierta. Se sienta junto a mí y me ofrece una calada. En silencio, miramos hacia la media tarde.

Yo analizo ese pedazo de cielo desdibujado entre los edificios, y ella a la chica de limpieza que entra, apaga el cigarro olvidado y nos deja seguir hundiéndonos en la incertidumbre de una eternidad sin tiempo.





Microrrelato

Janette Aguilar Luévano

Preparatoria 15

Atrapado en la locura

—Padece un cuadro crónico de ansiedad, mezclado con distimia. También he notado que sus niveles de estrés están demasiado elevados, incluso más que la última vez que la internamos. Si bien esto puede deberse a diversas causas, todo apunta a que el trabajo lo está matando. ¿Ha pensado en dejarlo? Tal vez podría probar cosas nuevas…

—Perdone que lo interrumpa, doctor, pero, si dejo el trabajo, perdería también el seguro, las deudas me consumirían y no podría continuar el tratamiento.

—En ese caso, le recomiendo este nuevo medicamento —respondió el médico ignorando el temblor en las manos, el sudor y los pensamientos intrusivos que se habían reactivado en él. No podía permitirse perder a otro paciente o las deudas lo consumirían a él.



Veneno

Hace un par de días me dirigí a un toxicólogo para que me recomendara el veneno más poderoso y letal para deshacerme de una "plaga" en mi lugar de trabajo. El señor, desconfiado, dudó de mis más puras intenciones y, antes de darme cuenta, terminé en la parte trasera de una patrulla, acusado de homicidio múltiple en grado de tentativa. Lo más triste de ello es que, mientras yo estaba tras las rejas, mis compañeros del trabajo fueron cayendo como moscas, uno tras otro. Yo sabía que

la leptospirosis podía ser mortal, pero nadie más quería deshacerse de esas ratas. Supongo que ya habían alcanzado cierta antigüedad.



Argos

Tras varias noches de insomnio, finalmente varios investigadores de diversas ramas lograron programar el algoritmo Argos nombrado así por el gigante griego y su capacidad para observar y procesar metadatos a una velocidad impresionante. Su misión era estudiar el comportamiento humano para predecir los próximos acontecimientos de nuestra sociedad. Lo que nadie esperó es que, después de tan solo tres horas, tras haber analizado 7 896 841 174 de datos sobre el ser humano y haber superado el razonamiento de las personas, el *software* empezaría a autodestruirse tras lanzar un último mensaje, el cual decía en código binario: "Virus detectado: humanidad". Y sin más, se apagó para siempre, dejando el conocido mensaje de página no encontrada.



Atzimba Mondragón Galindo

Preparatoria 12

Emparedada

Escuchas el portazo y sabes que ha llegado. Aprietas los ojos sin moverte; sabes que nada nuevo pasará. Los sollozos vendrán luego. Enciendes la pantalla; quieres que otras voces marquen tu tarde.

Tratas de entender las palabras sobre los gritos que se arrastran desde su patio mientras echas una lavadora. Carga mediana, agua fría, detergente líquido, plim, plim de campanitas mágicas; dices mentalmente para olvidar que también hay un niño allí.

El ruido del cuarto de baño vuelve mientras cuelas el *spaghetti*; ruda voz, golpes secos, gemidos entrecortados, breves negativas en desconcierto. Acabas de llegar de trabajar, así que le pides a Alexa que suba el volumen del *Putumayo* de África para terminar de cocinar mientras se ahoga el eco en estas delgadas paredes.

El llanto llega pegadito a la escalera. Sabes que será solo eso, que ella no dirá nada.

Lleva mucho tiempo muerta entre sus paredes. Elige una sonrisa como silicio.

Sacas tu auto de la cochera para podar el obelisco; el anturio necesita una maceta más grande. Te prometes que el próximo finde pintarás una parte del cancel. Hoy es día de silencio. Miras de reojo la puerta de al lado.

Tu vecino *tradhusband* sale a misa con su familia.

Fernando Ricardo Aguilar Ruvalcaba

Preparatoria 15

Fantasmas modernos

Cuando me mudé a mi nuevo departamento, mis vecinos me advirtieron sobre el fantasma del piso cuatro. Decían que se aparecía a cualquier hora y que le gustaba espantar a los arrendatarios haciendo travesuras cada vez más sórdidas; pero lo acepté como inquilino debido a la baja renta y la necesidad de salirme de casa. Tal como me dijeron, la entidad no tardó en hacer de las suyas, por lo que ideé un plan. Compré un teléfono liberado y lo dejé para "roomie" en la mesa más cercana al sofá. A los pocos días corté el internet. Ahora se habla mucho del fantasma del piso tres.



Intenciones ocultas

Se sentía observada todo el tiempo. Para ser exacta, había un individuo pendiente de cada uno de sus movimientos. Horarios, hábitos, gustos, hasta su saldo bancario y cantidad de caries; parecía saberlo todo. Para ser honestos, eso le encantaba. No disfrutaba el acoso, el robo de basura o las copias apócrifas de cada aspecto de su persona, pero amaba el hecho de tener una imitadora. Una copia falsa tratando de adueñarse de su vida y sus problemas. Es por eso que se exponía constantemente, alimentando la obsesión. No oponía resistencia, es más, la invitaba. Sabía que era cuestión de tiempo para que tratara de reemplazarla. Finalmente, el día llegó. Fue una desgracia para la Jessica falsa verse

atrapada por los oficiales, después de que la original confesara su pasado criminal, dejándola en su lugar.



Pasillos de hospital

Seguía recorriendo apresuradamente los pasillos del recinto, trayendo medicinas, recibiendo a pacientes y tomando signos, de manera profesional y diligente, incluso después de la muerte. Entendía perfectamente que los doctores estaban tan saturados de trabajo que ni siquiera sus colegas pudieron atenderla cuando le dio un infarto.



El peor de los oficios

Trabajaba día y noche sin descanso, viendo a los demás disfrutar de la vida mientras a él le tocaba la peor parte. Llegó incluso a odiar las vacaciones y los días festivos porque coincidían con las fechas de mayor carga laboral. Siempre le decían que era indispensable y que, sin él, el sistema no podría funcionar; por eso no podía tomarse ni siquiera un día libre. No importaba cuánto rogara por descansar. Lo peor fue cuando llegaron la tecnología, las redes sociales y la IA, ya que, lejos de aliviar la carga, pareció aumentarla. Pero no había de otra. Él solito se inscribió como recolector de almas, confiado en su habilidad para sobrellevar la muerte. Nadie le advirtió lo aburrido que podía ser llenar el papeleo después de cada una de ellas.



Adán Meza Álvarez

Preparatoria 15

La tarea

Un hombre destapa una cerveza. Se sienta a la mesa, abre un cuaderno de pasta negra, lo deja en la hoja que dice. "Tarea: escribir con lujo de detalle lo que me hace sentir Luis". Bebe un trago. Escribe con rapidez; un renglón sucede al otro. Hace una pausa, deja la pluma sobre la hoja llena de palabras. Se reclina sobre el respaldo.

Bebe un buen sorbo de la botella; lo traga con dificultad. Regresa al cuaderno. Escribe; la pluma se desliza con agilidad dejando renglones azules tras ella, algunas palabras subrayadas: "lo deseo", "lo espero llegar al trabajo", "cada día me cuesta más estar sin él". Llena cinco páginas. Suelta la pluma. Bebe de su cerveza, esta vez a sorbos pequeños y pausados. Suspira. Revisa el resto del cuaderno. Lo abre en la tarea uno.

"Portarse mal", se lee en el título. Más abajo, los detalles. "Ayer le pregunté a mi hijo de ocho años: ¿qué es para él portarse mal? Contestó: 'No seguir las reglas, llegar tarde, decir las cosas aunque a los demás no les guste, desobedecer y, si alguien se molesta, que no te importe'".

La puerta se abrió.

—Amor, ¿me ayudas a bajar las cosas del súper?

Cerró el cuaderno. Apuró su cerveza. La vio pasar a la cocina cargada con bolsas de plástico. Su hijo entró corriendo.

—¿Otra vez con ese cuaderno? Esa terapia ni sirve para nada; cada vez estás peor.



Uno menos

Otro hombre desapareció el martes a las ocho con doce de la mañana. No hubo gritos, ni explosiones, solo el silencio que deja la ausencia. Sus compañeros de la oficina siguieron tecleando; el café aún humeaba. En el tráfico lento, un vehículo se pasó el rojo del semáforo. El escritorio vacío pronto será ocupado por otro.

El miércoles, nadie recordó su nombre. No hubo ley o justicia que lo hiciera volver. Todos saben la regla desde niños: preguntar es peligroso.



Vanessa Cabuto Enríquez

Preparatoria 12

Tradwife

¿Y me amarás solo a mí? Interrogaron sus acuosos ojos marrones, mientras apretaba con su mano derecha las llaves de todas las habitaciones del palacio.

Maniatado sobre una fría plancha de metal, el desgarbado Barba Azul asentía con resignación.



Miguel Ángel Galindo Núñez

Preparatoria 8

Rebasamiento

Supe que mi papá estaba por morir cuando sentí su misma halitosis en mi garganta. Yo estaba en el Oxxo frente al hospital mientras él expiraba su último aliento: la peste de su garganta empezó a surgir de la mía.

Fue casi un efecto divino: me tragué su alma de golpe y, para que hubiera lugar para ella, me sacó todas las lágrimas que guardaba desde que él estaba en el hospital y me condené a hablar lo que él ya no podría hacer nunca más.



Finales felices

El paro respiratorio significó dos cosas:

1. Él estaba libre de su esposa; no más gritos, no más preguntas y no más descontentos.
2. Ella se toparía con su primer amor: la chica preparatoriana que le robó un beso en aquella borrachera de octubre de 1953.



El tónico del Dr. Hellmington para el cerebro

Tomarlo garantizaba una sabiduría extrema.

Los efectos secundarios llegaban rápido: primero una leve jaqueca, después diarreas; luego los fallos renales y en cuestión de tres días les llegaba la muerte.

Algunos, en un mutismo obligado por las pústulas en la garganta, y otros, entre convulsiones, podían considerarse a sí mismos como las personas más listas del mundo porque, a diferencia del resto del ignorante cosmos, ellos sí sabían con certeza las horas que les quedaban de vida.



Autores

Miriam Chávez Martínez

(Nochistlán de Mejía, Zacatecas; 1972)

Licenciada en Letras Hispanoamericanas por la Universidad de Guadalajara. Miembro de Teatristas Unidos de Jalisco (1992-1995). Seleccionada en Concurso de Ha sido publicada en *Historias de ir y venir* (2022) de la Secretaría de Cultura, *Entrelíneas* (2000) y *Mar de voces* (2017, 2021, 2022, 2023, 2024 y 2025) de SEMS UdeG. Es coordinadora de talleres de creación literaria y teatro en la Preparatoria 5.

Federico de Jesús Jiménez Huerta

(Guadalajara, Jalisco; 1983)

Maestro en Lingüística Aplicada y licenciado en Letras Hispánicas. Profesor, editor y tallerista en poéticas experimentales. Ha publicado los libros *Metamorfosis de aire*, *La ves y no la crees*, *Poesía visual a dos mano* y *Mudar la mirada*. Beneficiario de Becas Grodman 2023-2024 con el proyecto Laboratorio de Varia Invención.

Carlos Alberto González Sevilla

(Guadalajara, Jalisco; 1999)

Egresó de la licenciatura en Escritura Creativa de la Universidad de Guadalajara. Su obra ha sido publicada en la *Revista Argos* (2023), *Espejo Humeante* (2023), *Antología de siglemas 575* (2023), *I Premio Nacional Sophia* FILCO (2024), *Crisol de Almas* (2024), *Café y Tinta* (2024), *Raíces de Papel* (2025), *Una sola Tierra* (2025), *Todos podemos ser poetas* (2026) y revistas independientes.

Dulce María Becerra Díaz

(San Miguel el Alto, Jalisco; 1994)

Entusiasta y enamorada de las letras, busca un cambio significativo en el mundo y grita por medio de la poesía por la justicia. Escritora, publicada en diversas antologías, con dos libros de su autoría: *Policromías del corazón* y *Entre colores y lágrimas*. Además, es docente en la Universidad de Guadalajara.

Miguel Ángel Galindo Núñez

(Guadalajara, Jalisco; 1986)

Doctor en Humanidades, fundador de la Asociación en Literaturas Especializadas y miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores. Es autor de libros para la enseñanza de la lengua y la literatura y docente de la UdeG, de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco (ByCENJ) y de la ITESO. Sus libros principales son *Mythos* (2022), *Misterios de lo aún no escrito* (2024), *Colección privada de la Condesa Dårlin Heks* (2025) y *M* (2025). También es coordinador de radio en la ByCENJ.

Carmen Cecilia Celis de la Rosa

(Guadalajara, Jalisco; 1961)

Nací en el centro de la Guadalajara hermosa de hace 65 años, ahora transformada en un monstruo del cual he huido, refugiándome en la ribera de Chapala. Mi formación académica incluye ingeniería, actuación dramática, psicología y terapia familiar. He empezado a escribir al abrigo del taller de creación literaria Rumores del Lago.

María Adriana Sotelo Villegas

(Zapopan, Jalisco; 1996)

Licenciada en Historia por la Universidad de Guadalajara. Cuenta con certificación docente para la educación media superior (ECODEMS). Maestría en Educación con Intervención en la Práctica Docente (MEIPE) de la Secretaría de Educación Pública.

Gema Lizeth Urista Reyes
(Guadalajara, Jalisco; 1987)

Docente de *inglés y español*. Estudió la licenciatura en Derecho y la maestría en Educación en el área de español y literatura. Comprometida con la cultura de la paz y la exigencia de los derechos humanos a través de todas las expresiones humanas, especialmente las artísticas. Participa en movimientos feministas y de la diversidad. Cree que las palabras son más poderosas que las armas.

Laura Angélica Valadez Martínez
(Teocaltiche, Jalisco; 1985)

Licenciada en Mercadotecnia y Diseño Gráfico, egresada de la maestría en Tecnología Educativa y Competencias Digitales. Responsable de Comunicación Social de la Preparatoria Regional de Lagos de Moreno y docente desde hace 14 años en áreas de diseño, fotografía y tecnologías. Apasionada por la creación artística y la escritura.

Sergio Alexis Orozco Mendoza
(Guadalajara, Jalisco; 1997)

Maestro en Estudios de Literatura Mexicana por la Universidad de Guadalajara, donde ha desarrollado investigaciones en torno al análisis mítico y simbólico de la literatura española y novohispana. Sus intereses académicos exploran la épica, el monomito, la memoria y las distintas representaciones literarias del héroe.

Paralelamente, escribe narrativa introspectiva y fantástica, en la que el cuerpo, el deseo, la identidad y la memoria dialogan a través de imaginarios míticos y símbolos que tensionan los límites de la normatividad.

Adriana Araceli Arízaga Olguín
(Guadalajara, Jalisco; 1986)

Es promotora de fomento a la lectura y expresión escrita, presidenta de la Academia de Análisis Literario, tutora de grupo. Cuenta con 13 años de antigüedad en la Escuela Preparatoria Regional de Santa Anita. Ha participado en eventos de Letras para Volar y ha elaborado diferentes actividades para reforzar la lectoescritura y le encanta la docencia.

Janette Aguilar Luévano

(Guadalajara, Jalisco; 1997)

Profesora de asignatura B en la Universidad de Guadalajara. Licenciada en Turismo y maestra en Gestión del Aprendizaje en Ambientes Virtuales por esta misma universidad. Actualmente trabaja en líneas de investigación relacionadas con la ética académica y el uso adecuado de las tecnologías.

Jéssica Nataly Jiménez Flores

(Guadalajara, Jalisco; 1994)

Nacida en el corazón de la ciudad de Guadalajara el 11 de agosto de 1994. Desde muy joven desarrolla un gusto especial por la lengua inglesa y al finalizar la preparatoria decide convertirse en docente del inglés. Hace su maestría en la Universidad de Guadalajara en Lenguas y Culturas Inglesas y al día de hoy ejerce como docente en la Preparatoria Regional de El Salto.

Ricardo Tonathiu Figueroa López

(Sayula, Jalisco; 1993)

Es promotor de lectura en la Preparatoria de Tlaquepaque. Estudió Letras Hispánicas y es maestrante en Literaturas Interamericanas en la Universidad de Guadalajara. Ha atendido talleres de escritura creativa junto con el programa Luvina Joven en diferentes preparatorias del estado y participa constantemente en el programa radiofónico Luvina Joven Radio.

Atzimba Mondragón Galindo

(Guadalajara, Jalisco; 1970)

Es doctora en Humanidades, con línea en Teoría Literaria, por la Universidad Autónoma Metropolitana. Es licenciada en Letras y maestra en Estudios de Literatura Mexicana por la Universidad de Guadalajara. Por más de dos décadas ha sido profesora investigadora en la Preparatoria 12 de la Universidad de Guadalajara. En 2004 fundó la Sala de Lectura Rius, que se encuentra al interior de la misma preparatoria y está adscrita al Programa Nacional Salas de Lectura de la Secretaría de Cultura.

Fernando Ricardo Aguilar Ruvalcaba

(Guadalajara, Jalisco; 1969)

Profesor asociado B de tiempo completo en la Universidad de Guadalajara. Es licenciado en Letras por esta misma universidad, con maestría en Educación por la Universidad del Golfo. En el ámbito cultural ha colaborado en la promoción de la lectura y elaboración de textos.

Adán Meza Álvarez

(Tomatlán, Jalisco; 1980)

Oriundo de Los Lindos, criado orgullosamente en La Huerta. Licenciado en Diseño Industrial por la Universidad de Guadalajara, especialista en competencias docentes por la UPN, maestro en Tecnología Educativa por el ITESM, docente de asignatura B en la Preparatoria 15. Promotor de lectura; apasionado por la pintura al óleo, de la fotografía de paisaje, de los viajes. Ve a la literatura como acompañamiento, entretenimiento y creación. Ha participado en talleres de narrativa, poesía y programas de radio. Ha publicado cuentos, ensayos y poesía.

Vanessa Cabuto Enríquez

(Guadalajara, Jalisco; 1988)

Profesora de preparatoria, egresada de la licenciatura en Letras Hispánicas y de la maestría en Gestión y Desarrollo Cultural. Ha participado en diferentes proyectos de promoción a la lectura y la escritura literaria, tales como la Sala de Lectura Rius, Luvina Joven Radio y Nos Leemos, Primer Encuentro de Promotores de Lectura del SEMS. Sus creaciones literarias han sido incluidas en la *Revista Luvina* de la UdeG y en algunas ediciones de *Mar de voces*.

Ilustradores

María Adriana Sotelo Villegas

(Zapopan, Jalisco; 1996)

Licenciada en Historia por la Universidad de Guadalajara. Cuenta con certificación docente para la educación media superior (ECODEMS). Maestría en Educación con Intervención en la Práctica Docente (MEIPE) de la Secretaría de Educación Pública.

Fátima Osuna Montes

(Guadalajara, Jalisco; 1989)

Mi trabajo transita entre la literatura, el teatro, el cine y las artes visuales, siempre con una mirada cercana a lo cotidiano y lo humano y abierta a su magia. Busco que la cultura deje de ser un espacio distante y se convierta en una experiencia viva y compartida. Confío en crear desde la curiosidad, la sensibilidad y la libertad de mirar el mundo desde distintos ángulos. Para mí, hacer arte también es una manera de dejar huella, escuchar otras voces y encontrar la propia.

Índice

Presentación 5
Carmen Margarita Hernández Ortiz

Poesía 7

Miriam Chávez Martínez 9
Preparatoria 5
- Analepsis 9
- Óbito 10
- Entrañas 10
- Vagón 11

Federico de Jesús Jiménez Huerta 13
Preparatoria 18
- Arte poética 13
- Conjuro 14
- Humúnculo 15
- Poema 15

Carlos Alberto Gonzalez Sevilla 17
Preparatoria 9
- Burka *blue* 17
- Donde el sol no tiene manos 18
- *Favorite son* 19
- *Perfect blue* 21
- Somos fuego, fuego líquido, fuego sin la T 23

Dulce María Becerra Díaz 24
Preparatoria Regional de San Miguel el Alto
El tiempo y el lenguaje 24
Mundo marchito 25

Miguel Ángel Galindo Núñez 26
Preparatoria 8
Entre cempasúchiles y jacarandas 26
「センパスチルとジャカランダの狭間」

Carmen Cecilia Celis de la Rosa 28
Preparatoria Regional de Santa Anita
Luces 28

María Adriana Sotelo Villegas 29
Preparatoria Tonalá Dra. Ruth Padilla Muñoz
Luna menguante 29
Tú mejor que nadie 30
Voces 31

Cuento 33

Gema Lizeth Urista Reyes 35
Preparatoria Regional de Colotlán, Módulo Huejúcar
Alba 35

Laura Angélica Valadez Martínez 41
Preparatoria Regional de Lagos de Moreno
Aporía 41

Sergio Alexis Orozco Mendoza 45
Preparatoria 9
Épica escolar 45
Rutina de gimnasio 49

Adriana Araceli Arízaga Olguín 55
Preparatoria Regional de Santa Anita
El alquimista de los abrazos 55

Carlos Alberto Gonzalez Sevilla 58
Preparatoria 9
Seguimos ocultos 58
Tierra sin flores 63

Janette Aguilar Luévano 66
Preparatoria 15
¿Cómo terminar tu matrimonio sin ir a la cárcel? 66

Jéssica Nataly Jiménez Flores 71
Preparatoria Regional de El Salto
¿Y si sí? 71

Ricardo Tonathiu Figueroa López 72
Preparatoria de Tlaquepaque
Fuera de juego 72

Miguel Ángel Galindo Núñez 78
Preparatoria 8
Los últimos cigarros 78

Microrrelato 81

Janette Aguilar Luévano 83
Preparatoria 15
Atrapado en la locura 83
Veneno 83
Argos 84

Atzimba Mondragón Galindo 85
Preparatoria 12
Emparedada 85

Fernando Ricardo Aguilar Ruvalcaba 86
Preparatoria 15
Fantasmas modernos 86
Intenciones ocultas 86
Pasillos de hospital 87
El peor de los oficios 87

Adán Meza Álvarez 88
Preparatoria 15
La tarea 88
Uno menos 89

Vanessa Cabuto Enríquez 90
Preparatoria 12
Tradwife 90

Miguel Ángel Galindo Núñez 91
Preparatoria 8
Rebasamiento 91
Finales felices 91
El tónico del Dr. Hellmington para el cerebro 92

Autores 93

Ilustradores 98

Mar de voces
Antología literaria de docentes del SEMS 2026

Coordinación de producción
Paola Vázquez Murillo

Coordinación editorial
Iliana Ávalos González

Coordinación de diseño
Iordan Montes

Cuidado de la edición
Patricia Nazareth Hidalgo Sánchez

Diagramación
María del Carmen Vázquez Murillo

Se terminó de editar en las oficinas
de la Editorial Universidad de Guadalajara,
Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39, interior 32-33,
Industrial Los Belenes, 45150, Zapopan, Jalisco.





La literatura es un medio para navegar distintas realidades y desarrollar un pensamiento crítico sobre el mundo. Como una extensión de nosotros mismos, nos ayuda a compartir creaciones para que a través de ellas se logre encontrar un refugio.

En esta entrega de *Mar de voces. Antología literaria de docentes del SEMS 2026* se encuentran una variedad de voces a través de la poesía, el cuento y el microrrelato. Creando un espacio donde se transmite el amor hacia las letras y la escritura, cada historia refleja el talento y la creatividad de sus autores que nacen de la imaginación y de sus experiencias.

Con esta publicación, celebramos la creación literaria como una forma de expresión que crece cada vez que se comparte. Que las historias reunidas en estas páginas encuentren eco en sus lectores y que, al cerrar este libro, permanezca el deseo de seguir leyendo y escribiendo, porque cada historia puede ser el comienzo de algo nuevo.

EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

SEMS